

La Ilustración



Artística

BIBLIOTECA
MADRID

AÑO XIX

BARCELONA 3 DE DICIEMBRE DE 1900

Núm. 988

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

Texto. - *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán - *Juan Segantini y sus obras*, por S. *Historias madrileñas. Las cosas de la condesa*, por Kasabal - *Recuerdos de viaje. Los enemigos más temibles en el Africa del Sur*, por Vicente Vera. - *La llegada de Kruger a Europa*. - *Nuestros grabados*. - *Miscelánea*. - *Problema de ajedrez*. - *El último caballero*, novela ilustrada (conclusión). *El cultivo de los crisantemos a la japonesa*. - Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. - Dibujo de Huertas que ilustra el artículo titulado *Historias madrileñas. Las cosas de la condesa*. - Busto

de Juan Segantini, modelado por P. Trubetzkoy. - *La pastorcita*. - *La mejor bebida*. - *Recolección de patatas*, cuadros de Juan Segantini. - *Habitación donde murió Juan Segantini*. - *Segantini en su lecho de muerte*, boceto de Juan Giacometti. - *Ilusión perdida*, cuadro de Guillermo Schade. - *La familia del presidente Kruger. La señora de Eloff y la señorita Guttman, nietas de Kruger, y los biznietos de éste*. - *Conflicto chino. Uno de los patios del palacio imperial de Pekín*, dibujo de Holland Tringham. - *El obispo Ambrosio negando al emperador Teodosio la entrada en la iglesia de San Ambrosio de Milán*, cuadro de Gebhard Fugel. - *Luisa Kemp-Welsh*. - *D. Carlos A. Palacio*, presidente de la Cámara de diputados de Chile. - *Caballos en el baño*, cuadro de Luisa Kemp-Welsh.

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL que con uno de los próximos números de la LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA les repartiremos la interesante y famosa obra de Enrique Sienkiewicz *Quo vadis?*, que será el quinto y último tomo de la serie de 1900. La edición que publicamos, cuidadosamente traducida y sin alteraciones ni supresiones que desfiguren la obra original, va ilustrada con multitud de láminas dibujadas por el notable artista C. Minardii.



Pedia el coche y se lanzaba á la serie interminable de sus visitas, dibujo de Huertas

(Véase el artículo de Kasabal, *Las cosas de la condesa*)

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No puedo hablar del Congreso ibero-americano. He llegado á Madrid cuando estaba ya á mitad de su curso. No se me ocurrió tomar parte en sus deliberaciones. Ciertamente su objeto y fin no podían serme más simpáticos, más gratos, más íntimos con la intimidad del pensamiento y del esfuerzo constante. Han solido tacharme de inmodestia muchos que si estuviesen en mi pellejo no cabrían en él; pero aunque huyo de envanecerme, no soy tan modesta que crea que mi labor literaria, cruzando el Atlántico, no ha sido un hilo más en la dulce red que el arte tiende para enlazar y unir á la raza española, y estos hilos son, á mi ver, más fuertes que la trama de las ceremonias oficiales. El escritor, el artista, integra siempre; las ceremonias oficiales muchas veces desintegran, separan lo que aspira á unirse.

* *

Se resintió el Congreso de lo que suele resentirse casi todo: de insuficiente preparación, de falta de ensayos, como si dijésemos. El tiempo vino corto, y por eso el contingente de América —entendiéndose por contingente de América los americanos venidos expresamente de allá— fué casi nulo. Organizóse el Congreso en su parte americana con personalidades de diplomáticos acreditados en las diferentes naciones europeas, y residentes en ellas desde hace años, que no necesitaron pasar el Océano para acudir á Madrid, ni apreciaron, por consiguiente, las diferencias, los contrastes, las similitudes, los parentescos, con aquella viveza de ilusión que podrían apreciarlos quienes viniesen directamente de Méjico ó de Montevideo. Aun entre los diplomáticos americanos residentes en Europa he notado abstenciones tan importantes como, verbigracia, la del entendidísimo é ilustre representante de Costa Rica D. Manuel María de Peralta.

Es Peralta, no sólo el diplomático correctísimo, sino el sabio de gabinete, el estudioso incansable, el escritor que ha acertado á poner en claro las cuestiones más importantes para su país. El conocimiento exacto que tiene de las cuestiones americanas le señalaba en el Congreso un puesto, no ya de honor, sino de utilidad y necesidad. ¿Por qué no vino en esta ocasión á Madrid el que dejó aquí gratos recuerdos de afecto, amistad y cortesía?

* *

Dicen los que siguieron atentamente las deliberaciones del Congreso, que en él se rindió mayor culto á la efusión, á los vagos y vastos proyectos ambiciosos para lo porvenir, á lo que llamaríamos lirismo, que á los acuerdos de positiva utilidad. Añaden que en esto nos mostramos más jóvenes los españoles, que las jóvenes naciones á quienes abríamos los brazos. Y se ha observado un fenómeno todavía más digno de estudio: que todo cuanto proponíamos los españoles creyendo apuntar una gran novedad, lo tenían ya realizado los americanos, desde hacía tiempo, en sus respectivas patrias. Es decir, que habían madrugado, mientras nosotros dormíamos nuestra siesta, nuestra canónica perezosa, con orquesta de ronquidos. Se hablaba, pongo por caso, de fundar escuelas, y Montevideo respondía que las tiene tan vastas como nuestro Palacio Real, dejándonos con la boca abierta y el espíritu pasmado. Del Congreso de los americanos de origen ibérico (creo que es inexacto decir *latino*), hay que sacar en consecuencia que la raza no es inferior ni refractaria á los adelantos *per se*, sino *per accidens*, cuando la rodean circunstancias como las que España sufre. Si la raza no es inferior, hay esperanzas, dado que las circunstancias se modifiquen. ¡Pero cuánto tenían que modificarse! ¡Qué cambios, qué evolución tan profunda y, debemos confesarlo, tan inesperada sería esa!

* *

Otra observación interesante: el Congreso, según se murmura, no ha disfrutado de aquella libertad de acción que sería de desear, cohibido y moralmente amordazado por la vigilancia celosa de la nación que aspira al Imperio de todo el nuevo continente. La suspicacia, la zarpa dura de los Estados Unidos paralizaban, allá en el fondo, ciertos entusiasmos y ciertos deseos bonísimos, generosos, tan naturales como el cariño que se profesa á la familia propia. Al través de las deliberaciones de este Congreso, se transparentaban ya las del *otro*, del que convocan los yanquis para fecha próxima. Se respiraba, sin querer, aires del Norte.

Es curioso que las verdades históricas más grandes y patentes no lleguen á obtener prestigio hasta después de reiterados escarmientos. La división, entre

los hijos de la raza ibera, ha sido fenómeno constante en nuestra historia, y por él se han explicado muchas adversidades y muchos desencantos. La solidaridad, esa gran virtud que estrecha los vínculos de las naciones, nos ha faltado, y por eso hemos visto reducida á polvo y á atomísticos fragmentos la labor de nuestras indomables energías de antaño. Hoy queremos, ante la desgracia y en un día, aprender la cohesión. Y no es fácil. La cohesión es voluntad, la voluntad es la musculatura del alma. Sin ejercicio no se robustece. Un acto de voluntad, un desarrollo de voluntad, pueden salvar á un pueblo, como salvó á D. Juan Tenorio un punto de contricción. Pero no es tan fácil como parece ese movimiento interior, esa descarga eléctrica. El fluido tiene que encontrarse en reserva, acumulado.

* *

La calle de Alcalá acaba de presenciar un suceso sangriento, no sólo sangriento por fuera; algo que hace sangre en el espíritu. Dos sacerdotes del Crucificado, dos ministros de una religión de amor y paz, han caído heridos por la bala de un revólver. El uno asesinó al otro, y se suicidó después. En el sitio más público de la corte, ante una multitud espantada, ocurrió este drama horrible. Sería preciso comentarlo con tino exquisito, para huir igualmente de las apasionadas diatribas contra el estado de ciertas clases, que son el tuétano de la vida moral de una raza, y de la indulgencia bonachona, ó más bien indiferente, que no atribuye trascendencia á cosa alguna, y ve en todo el caso aislado, prescindiendo del nexo, de la relación inevitable de los sucesos particulares con la vida colectiva. Por el tremendo hecho de la calle de Alcalá no hemos de deducir que todo el clero se halla corrompido y entregado al desenfreno, ni que le falta hasta la fe que prohíbe la desesperación suicida; pero tampoco hemos de desconocer que necesitados de altos ejemplos en todas las esferas, estos incidentes trágicos y brutales, tan públicos además, vienen á echar leña al fuego que nos consume.

* *

No hace mucho referían los diarios la epopeya de un cura párroco, en cuya parroquia hacía estragos la viruela. Una pobre mujer, una feligresa, había succumbido al repugnante mal. Su familia, en fuga. En fuga todos los vecinos. En huelga el sepulturero. El cuerpo, descomponiéndose, insepulto. Y entonces el cura recordó que enterrar á los muertos es obra de misericordia; que esta fué acaso la primera ejercitada por los cristianos en sus tiempos de angélico fervor; que donde todos pueden olvidar el deber, el sacerdote está obligado á recordarlo y cumplirlo..., y corriendo á la casa mortuoria, amortojó con sus manos el hediondo cadáver, doblemente desfigurado y espantoso; lo cargó á hombros, porque nadie le quería ayudar, y empuñando la azada, abrió la fosa en el cementerio, y dió tierra bendita á aquel despojo en que había latido la humana conciencia... Obscuro acto realizado en una aldehuela, nadie quizás lo recuerde; pero yo me complazco en saludar al cura del villorrio, que rescata los pecados de sus congéneres, los capellanes castrenses de la calle de Alcalá.

* *

Conociendo la índole y naturaleza del pueblo español, me apresuro á declarar que no le asusta tanto como puede creerse el hecho de que un sacerdote santigüe á tiros á otro, ó al mismísimo prelado. El crimen del cura Galeote no causó gran emoción en este país, habituado á las fazañas de los guerrilleros de sotana y trabuco. Yo misma, en momentos dados, conozco que el hábito de ver guerrear á los ordenados *in sacris* me quita algo de extrañeza cuando en la paz revelan disposiciones belicosas. Me pone también en confusión el distinto criterio con que juzgo acciones que á primera vista se asemejan. Para mí, el cura Merino, echando la llave á su iglesia, terciándose el manto y saliendo «á matar franceses», es en extremo simpático. En él no echo de menos ninguna virtud cristiana ni sacerdotal. A su manera, me gusta tanto como el enterrador voluntario de que antes hablé. Y si me gusta el cura Merino, ¿por qué detesto á los trabucaires? ¿por qué me causan escalofríos los del revólver en plena calle de Alcalá?

¿Soy un español más, igual á la masa que gusta, por encima de todo, de las bizarrías y guapezas, de la afirmación individualista?

¿O es que el cura Merino, cuando salió á correr aventuras, era la *Patria*, y la *Patria* todo lo justifica, todo lo engrandece, todo lo ilumina con su luz sideral, resplandor de una gloria que jamás debemos consentir ver eclipsada?

EMILIA PARDO BAZÁN.

PRIMERA LLEGADA A CHINA

(RECUERDOS DE VIAJE)

Asoman en el cielo las primeras claridades indecisas de un día de invierno; delante de nosotros, en la línea del horizonte, surgen unos puntitos negros que luego se convierten en masas, que insensiblemente suben, suben, á medida que á ellas nos acercamos, elevándose por último rápidamente por encima de la superficie lisa y reluciente del helado golfo. Una línea pardusca reúne luego todos esos pequeños islotes diseminados que toman á nuestros ojos aspectos formidablemente guerreros: es la costa del Petchili; es la entrada del Pe-ho, ó río del Norte; son los fuertes de Takú, ¡es la China!

Nos internamos al través de varias obras de tierra y descubrimos la embocadura estrecha y tortuosa del río; allí el hielo es opaco, de un color amarillo terroso; es limo helado.

La luz del día aumenta lentamente.

Sobre cada ribazo álzase una ciudadela formidable, rodeada de enormes baluartes á la europea con troneras por las cuales asoman los cañones Armstrong.

Sobre cada una de estas ciudadelas flota un largo estandarte amarillo, especie de banderola dentellada, en la que se ve un dragón verde que trata de coger con los dientes una gran bola blanca que representa la luna: es el estandarte del *Tien-tse*, ó Hijo del Cielo, soberano de ese *Tchung-Kue* ó imperio del Centro, en cuyo seno penetramos.

En las murallas se ven algunos hombres, vestidos con anchas casacas negras, bordadas con galones encarnados; sobre el vientre ostentan un círculo rojo y en la espalda llevan escritos los caracteres *Tang-ping*, que significa soldado; cubren sus cabezas pequeños turbantes, en torno de los cuales enrollase su negra cabellera, trenzada en forma de coleta.

Examinando aquellos rostros patibularios de bandidos, observamos que todos tienen una expresión cruel é imbécil, feroz y risueña; nariz corta, aplastada y arqueada, ojos pequeños oblicuos, bocas muy anchas y barbas hundidas.

Todos gesticulan, se mueven y gritan á la vista de dos viajeros extranjeros. ¡Y si pudieran ver los pensamientos que por la mente de esos extranjeros pasan! ¡Sus cerebros chinos estallarían en mil pedazos!

Una llanura pantanosa interminable, aquí y allí manchada por extensiones relucientes que son pequeños charcos de agua helada; una gran aldea, conjunto de pequeñas chozas de tierra cuyo color se confunde con el del suelo; después otra aldea del mismo color terroso, luego otra y otra todavía; y por todas partes gentes cubiertas de pieles como esquimales, todas con sus trenzas y sus ojos oblicuos, que se mueven, van y vienen como hormigas, se detienen en los ribazos, se agrupan, abren desmesuradamente sus socarrones ojos, y al vernos gritan á voz en cuello: ¡*Kué-tse!* ¡*Kué-tse!* (hijos de diablos).

En la plaza, gran movimiento de carretas, de trineos, de hombres montados en borricos, redondos como pelotas bajo sus montones de pieles.

En el flanco de la extensa muralla gris, ábrese un agujero negro, ancho, en forma de arcada, en donde terminan las sinuosidades de dos rodadas paralelas que marcan el camino.

Y entramos en aquel agujero, especie de largo túnel de aspecto siniestro, de donde parece que no ha de salir el que por él penetra.

Exhalaciones fétidas hieren nuestro olfato; nos movemos pesadamente, traqueteados sobre enormes losas desniveladas y rotas, en medio de un confuso bullebulle. Aquella gente, aquella multitud que nos rodea está compuesta de inmundos andrajosos, casi desnudos; hombres desgreñados; mujeres de diminutos pies envueltas en sórdidos harapos, de tez lívida y con niños de pecho medio muertos; seres que tiritan y castañetean los dientes agazapados contra los guardacantones para tener menos frío; epidermis amarillas poco menos que agujereadas por los huesos; osamentas humanas cubiertas de miseria; unos, lisiados que se arrastran sobre manos en forma de pies; otros, ciegos; otros, patizambos, leprosos, idiotas, epilépticos, llenos de pústulas, de herpes, de úlceras, sin aspecto humano. Algunos salmodian lamentaciones y rodean nuestra carreta para implorar nuestra caridad, llamándonos *Si-talao-yeh* (grandes señores de Occidente); otros se sonríen lúgubramente é intentan detener nuestras mulas; otros, en fin, permanecen inmóviles sumidos en sombría postración muy vecina de la muerte... Nuestro muletero, práctico en estos lugares, dispersa aquel «Egipto chino» cruzando con vigorosos latigazos las caras de los más atrevidos, y penetramos en la ciudad de la *Pureza celeste* perseguidos por rabiosas maldiciones.

PIERRE LOTI.



JUAN SEGANTINI Y SUS OBRAS

identificación con los artistas septentrionales: no fué el glorificador del colorido brillante y de la pureza de líneas del paisaje italiano, sino que prefirió aquellas comarcas del Norte en donde la naturaleza se manifiesta en toda su grandiosidad y en su silencio solemne. La región montañosa de los Alpes suizos, en cuyas inmediaciones nació Segantini, fué el tema principal de su pintura; el pintor era una de aquellas almas fuertes perfectamente dispuestas para ser iniciadas en los secretos de la madre tierra, y esta disposición le llevó á las grandes alturas y en ellas vivió y trabajó en los últimos años de su vida como un anacoreta, y allí murió, y allí, bajo la nieve, está enterrado en solitario cementerio. Nada fué á turbar su soledad, aquella soledad de la naturaleza que tanto decía á su corazón y á su mente, y así pudo recogerse en sí mismo, contemplar las infinitas maravillas que á sus ojos y á su alma se ofrecían y trasladarlas al lienzo.

Hay en el modo de ser y en la obra de este maestro algo muy vigoroso, muy sobrio, rudo, si se quiere; tanto, que en estos rasgos característicos está el fundamento de cierto exclusivismo, de ciertas restricciones de su personalidad artística. Así, cuando pintaba otros paisajes ó elegía otros asuntos y hasta en sus retratos, en todo imprimía algo del estilo severo que aprendió en las montañas. Y en muchas de estas obras que se apartan de su especialidad, mezcla algo de melancolía: cuando el solitario de las altas cumbres desciende á la tierra baja, no encontrando en ella la grandiosidad que en aquéllas le deleitaba, busca satisfacer sus anhelos reproduciendo lo trágico de la vida humana.

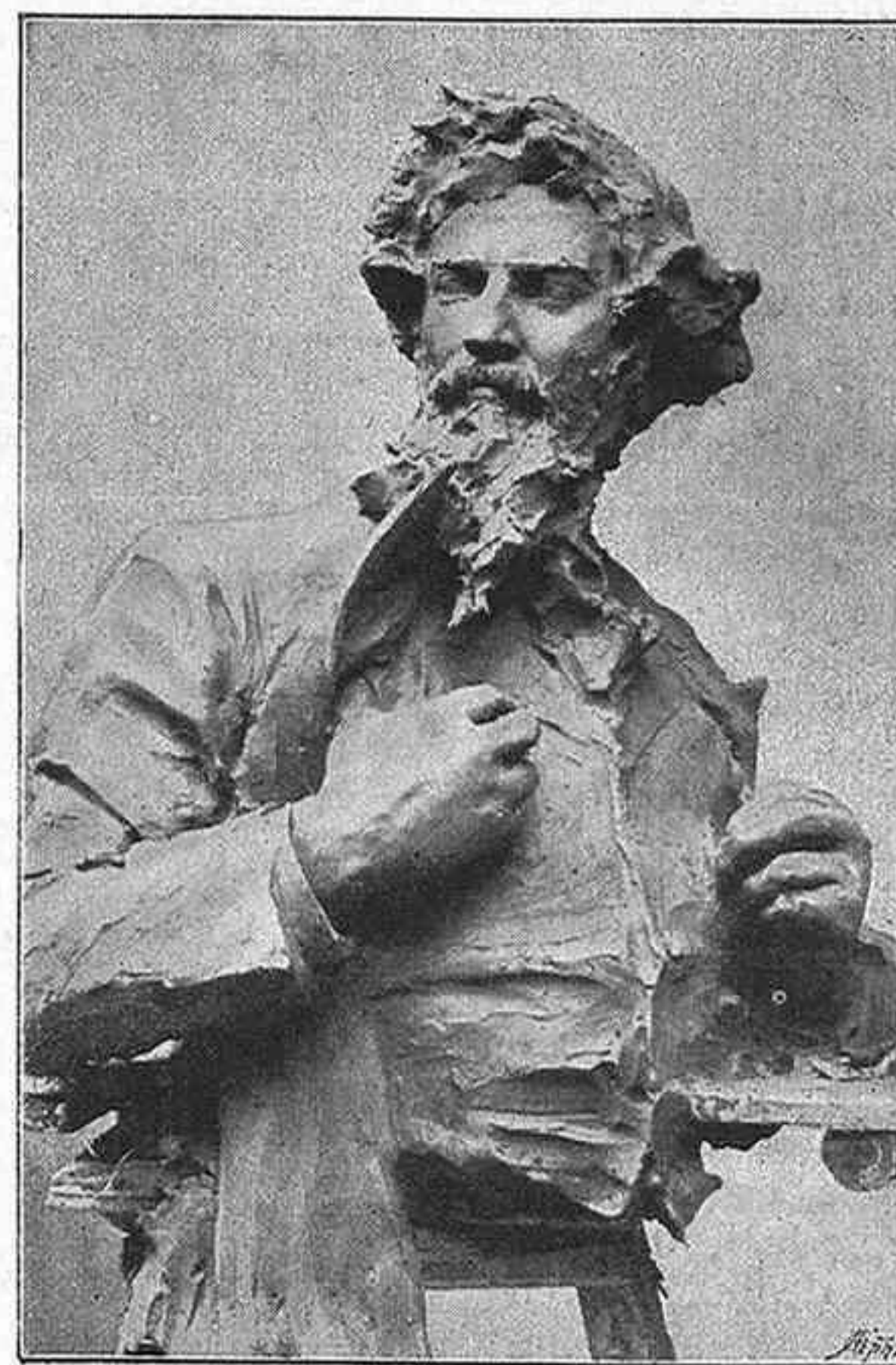
Y el que no vea todo esto que decimos en las obras del artista, podrá leerlo, escrito por él mismo, en el prólogo del catálogo de la exposición de sus obras que se celebró hace algunos años en Milán: «He vivido largo tiempo con los animales para comprender sus sentimientos, sus penas y sus alegrías; he observado al hombre y al humano espíritu; he con-

he preguntado á una flor en qué consistía toda esta belleza infinita, y la flor con su perfume me ha contestado: en el amor que alienta en tu alma.»

Segantini, al revés de tantos otros modernistas, se mantuvo apartado de toda tendencia, sobre todo de las tendencias socialistas; circunstancia tanto más

Desde que murió, no hace mucho tiempo, Juan Segantini, sus compatriotas le han proclamado gran genio; y aun cuando en esta calificación entre quizás por algo el sentimiento de patriotismo, justo es confesar que aquel artista figuró en el número de aquellas naturalezas escogidas, vigorosas, sanas y verdaderamente geniales que saben sustraerse á las efímeras corrientes de la moda, que no pintan las impresiones de un día para producir efecto en un corto lapso de tiempo, que no trasladan al lienzo el resultado de una observación superficial, sino que pintan impulsados por un ansia ardiente de exteriorizar una sensación ó un sentimiento más duraderos que la vida individual.

Estas sensaciones y estos sentimientos los experimentó Segantini en presencia de la grandiosa naturaleza; el paisaje fué el campo propio de su inspiración artística, y las mismas figuras que pintara se explican en su mayor parte por este sentimiento del paisaje que guiaba su pincel. Su arte recuerda el arte del Norte; hay en él algo germano, y en cambio no se descubre en sus obras la menor influencia de sus antecesores, los grandes maestros italianos. No fué Segantini realista; y á pesar de esto, ó precisamente



BUSTO DE JUAN SEGANTINI, modelado por P. Trubetzkoy

meritoria en él, cuanto que hubo de pasar durante su vida por grandes amarguras. Hijo de familia humildísima, conoció en su infancia y en su primera juventud los horrores de la miseria; tal vez esto influyó algo en la dureza y gravedad de su naturaleza artística; pero no le llevó á hacer de su arte arma de combate contra la sociedad que tanto le había hecho sufrir. Ciertamente le gustó pintar escenas de la existencia de pobres trabajadores, especialmente de gente del campo; pero lo hizo sin prejuicio alguno, enlazándolo íntimamente con sus concepciones de la naturaleza.

Este amor á la naturaleza y á la soledad lo manifestó ya desde muy niño, escapándose un día de su casa y de la gran ciudad de Milán, en donde tanto había sufrido y seguía sufriendo, y vagando al azar por los montes hasta encontrar un hato de pastores, en compañía de los cuales vivió una temporada.

Cuando le sorprendió la muerte estaba terminando algunos lienzos que juntos habían de formar un tríptico de grandes dimensiones: el del centro representa un extenso prado rodeado de montañas, por el cual caminan dos grupos de bueyes guiados por un labrador y una labradora, ambos jóvenes, de aspecto sano y vigoroso, respirando á plenos pulmones el aire puro del campo y como sobrecogidos ante el majestuoso silencio de aquellas soledades y ante el espectáculo de la salida del sol, cuyos resplandores asoman por detrás de los montes que constituyen el fondo del paisaje. Este cuadro lo titula el maestro *Natura*.

A la derecha de esta composición, otra que se titula *La Vida*, representa un paisaje alpino iluminado por los ardientes rayos del sol del mediodía que arrancan brillantes reflejos de la nieve; una mujer sentada al pie de un pino oprime cariñosamente se-



LA PASTORCITA, cuadro de Juan Segantini (1887)

por esto, sus cuadros respiran el sentimiento de la naturaleza; tampoco fué simbolista, y sin embargo muchos de sus lienzos encierran un símbolo.

Y en su modo de hacer se observa esta misma

templado las peñas, las llanuras cubiertas de nieve, los ventisqueros, las inmensas cordilleras, los prados, las corrientes de agua, y luego he encontrado en mi alma la significación de todas estas cosas. Después



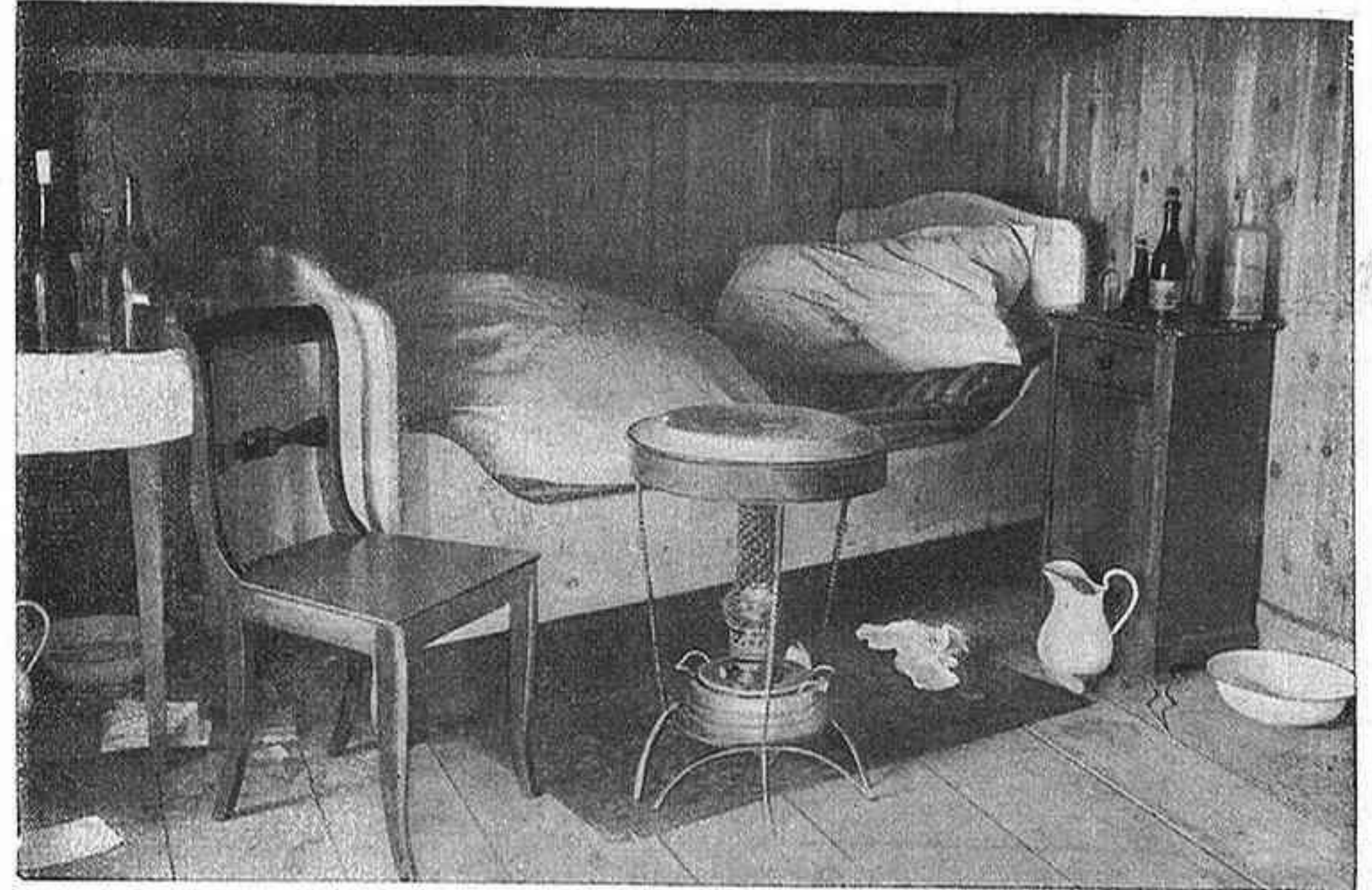
bre su pecho á su hijo; un rebaño se acerca á ella, seguido de algunos pastores que acosan á los rezagados; por un camino pedregoso avanzan dos campesinos

entreveía más con los ojos del alma que con los del cuerpo, quiso, como todas las grandes personalidades artísticas, tener lenguaje y técnica propios, á fin de

dro de 20 metros de ancho por siete de alto representará simbólicamente el bosquejo sintético de mi obra y será como la encarnación de su alma; de ma-



LA MEJOR BEBIDA, cuadro de Juan Segantini (1887)



HABITACIÓN EN DONDE MURIÓ JUAN SEGANTINI

nas llevando sobre sus inclinadas espaldas pesadas cargas.

El lienzo de la izquierda se titula *La Muerte*: en una llanura cubierta de nieve álzase una miserable cabaña; delante de ésta hay un trineo; la puerta de la choza está abierta, y en su umbral tres mujeres y un niño permanecen en actitud de recogimiento; dos hombres salen llevando un ataúd, expresión del silencio eterno que el cuadro simboliza. Esta composición, lo mismo que las otras dos que con ella forman el tríptico, impresiona hondamente por la intensidad del sentimiento que en ella puso el artista.

Ya hemos dicho cómo Segantini sentía la naturaleza, y hemos copiado algunos conceptos suyos que expresan su manera de comprender el arte. Séanos permitido, para completar este concepto, reproducir algunos párrafos de una carta en que daba algunos detalles sobre su grandioso proyecto de pintar un panorama de los Alpes:

«Tiempo hace que vengo pensando en una fusión íntima de sonidos y colores en el arte alpino; en una obra grande y completa que pueda reproducir toda la armonía que encierran las altas montañas para aquellos que saben verlas y estudiarlas con amor y sentimiento artístico. En la naturaleza alpina he estudiado los sonidos, los colores, las formas y las líneas, y he comprendido que el alma que los preside y la del que los oye y los contempla son una misma. Sólo quien, como yo, ha vivido durante meses enteros, en los risueños días primaverales, en aquellos elevados verdes prados alpinos, puede comprender la inmensa importancia artística de esta armonía. Las voces que de los valles suben, los vagos y apagados murmullos que nos trae el viento, forman en torno nuestro un silencio armónico que sube por los espacios infinitos del firmamento azul, cuya bóveda se extiende sobre las montañas cubiertas de nieve. El susurro de los arroyos y el rumor de los torrentes se funden y completan con las líneas, los colores y la luz de los montes, constituyendo juntos un solo acorde de una grandiosidad imponderable. Esta sensación es la que he querido expresar siempre en mis cuadros. El arte reproduce únicamente algunos rasgos de la belleza, no toda la belleza armónica. La obra artística, cuanto más contiene dentro de un solo espíritu la suma de todas las impresiones, cuanto más reproduce las ocultas conexiones que se funden unas en otras, para crear con nosotros y con nuestra alma el alma de la naturaleza, tanto más completa es y con tanta mayor verdad refleja la vida de las cosas, que es la fuente de toda belleza y de toda armonía.»

Estas líneas revelan al gran artista mejor que pudiera hacerlo un estudio crítico.

En su ansia de dar forma á estas imágenes que

poder expresar lo que tan profundamente sentía.

Mucho se ha escrito sobre la *manera*, sobre la técnica de Segantini, y no pocos han sido los artistas que le han censurado porque no pintaba como los demás, porque sus obras indican al parecer una ejecución trabajosa; y sin embargo, su manera y su técnica, para algunos incomprensibles, resultan sencillas

nera que todo se compenetre, correspondiendo á una sola idea y formando un acorde, una armonía, que exprese de un modo completo mi pensamiento y mi propósito.»

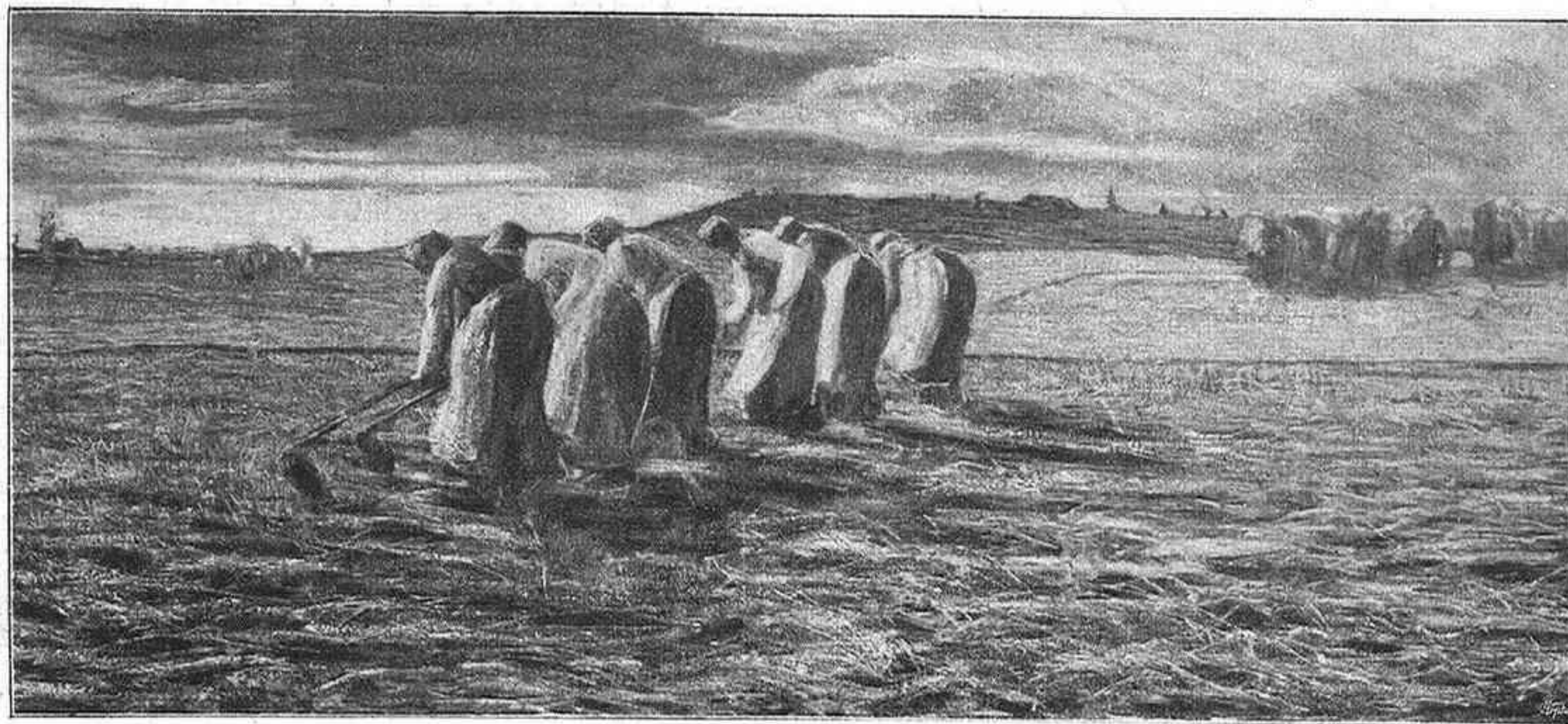
Tan enamorado estaba de aquella región de los Alpes que se conoce con el nombre de Engadina, que en sus conversaciones, en sus cartas, en sus escritos, encuéntrase

siempre expresados en poéticas formas los sentimientos que la contemplación de aquella naturaleza despertara en su corazón. «Por todas partes — escribía en cierta ocasión refiriéndose á sus queridas montañas — brotan límpidos manantiales que cruzan por los verdes prados y se precipitan por entre las quiebras de las rocas. Por todas partes florecen las encarnadas rosas de los Alpes; el firmamento extiéndese en amplia y luminosa bóveda, y su azulada superficie se refleja en los lagos y baña los ventisqueros en una luz azul suavísima. Todo está impregnado de la

más encantadora armonía, desde el canto de los pájaros, el alegre gorjeo de la alondra y el murmullo del arroyo, hasta el zumbido de las abejas, el son de las esquilas y los balidos de las ovejas.»

Juan Segantini nació en Arco (Tirol), en donde pasó los primeros años de su infancia y recibió las primeras impresiones que más adelante habían de ser decisivas en su existencia. Muerta su madre, cuando él sólo contaba cinco años, trasladóse su padre á Milán, en donde vivía una hija suya habida en su primer matrimonio; pero no pudiendo encontrar allí medios de subsistencia, abandonó aquella capital, dejando al niño al cuidado de su hermanastra. Un día, viendo trabajar á un pintor de brocha gorda, despertó en Segantini un sentimiento nuevo; aquel arte rudimentario hizo brotar en su mente todo un mundo de sueños, entre los cuales se destacaban siempre los prados y los jardines de Arco, donde transcurriera su niñez: la primera noción artística del niño iba íntimamente enlazada con el recuerdo de la naturaleza. Movidó por irresistible impulso, huyó de su casa, como hemos dicho anteriormente, y se marchó al campo, en donde fué recogido por unos bondadosos campesinos. Allí se manifestó por vez primera su disposición artística: un día, al regresar del campo sus protectores, quedaron asombrados al ver que Segantini había reproducido al carbón en una roca uno de los cerdos que apacentaba.

Poco después, alentado por aquella buena gente, regresó á Milán para dedicarse al estudio, y al cabo de algún tiempo entró en la Academia de aquella capital. A los veintiocho años ganó una medalla de oro en la Exposición Internacional de Amsterdam, y desde entonces hasta su muerte su carrera fué una serie no interrumpida de triunfos. — S.



RECOLECCIÓN DE PATATAS, cuadro de Juan Segantini (1887)

cuando se observan atentamente y cuando se sabe lo que el artista se proponía conseguir. La fuerza de luz que en sus cuadros se admira no la obtenía con la combinación de colores en la paleta, sino por la yuxtaposición de tonalidades tal como aparece en la naturaleza, en los momentos en que se presenta á nuestros ojos envuelta en el aire más puro y bañada por los más ardientes rayos del sol.

El gran deseo de Segantini era pintar un panorama



SEGANTINI EN SU LECHO DE MUERTE, boceto de Juan Giacometti

ma de los Alpes, para reproducir en una sola composición todas las bellezas de aquella región llena de poéticos encantos, y acerca de este grandioso proyecto decía: «Sobre la puerta de entrada, un cua-



ILUSIÓN PERDIDA, cuadro de Guillermo Schade

HISTORIAS MADRILEÑAS

LAS COSAS DE LA CONDESA

Fué una mujer notabilísima aquella inolvidable condesa de X, que ha dejado imperecedera memoria en la sociedad madrileña. La conocimos cuando ya habían pasado para ella los días de la juventud, conservando rasgos que confirmaban el juicio de los de su tiempo, que decían que había sido más agradable que hermosa, pero conservando siempre un gran aire y siendo de una refinada elegancia.

No creo que haya habido en España dama que más se haya acercado al tipo de las grandes señoras francesas del siglo XVIII. Instruída, amena en la conversación, epigramática en la frase, terrible cuando declaraba á alguna persona la guerra, impagable para amiga, poderosa como protectora, amiga de la sociedad hasta el punto de no poder estar nunca sola; ecléctica en amor, escéptica en religión, aunque por cuestión de buen tono hacía alarde de gran severidad en la práctica y de una indomable intransigencia; tolerante con las faltas de los de arriba é implacable con las de los de abajo, porque para ella casi existía la ley de castas, era un conjunto de diversas cualidades que la distinguían de la vulgaridad.

Se levantaba tarde, porque era trasnochadora, y dedicaba mucho tiempo al cuidado de su persona; pero enterándose, mientras una vieja doncella le preparaba mejunjes y añadidos, de cuanto pasaba por la coronada villa, substituyendo con los periódicos que se hacía leer por su capellán la conversación con los abates que, lamentándolo ella mucho, habían desaparecido entre los trastos viejos arrinconados por las costumbres nuevas.

Cuando después de un almuerzo algo sobrio estaba compuesta y emperejilada, pedía el coche y se lanzaba á la serie interminable de sus visitas.

— La primera para Dios, decía compungidamente. Y se iba á la iglesia donde estaban las *cuarenta horas*, y allí, situada cerca de la puerta, veía quién entraba y salía, cambiaba palabras con las beatas que no podía ver en otra parte y se enteraba de los sucesos de sacristía.

Luego iba á casa de alguna de sus contemporáneas, que más abatida por los años y por los achaques que ella, ó más afligida por los desengaños, se había retirado del mundo, y allí resucitaba la crónica del tiempo viejo, sin descuidar la del nuevo.

No hay mejores sitios para saber noticias de sociedad que las casas de las viejas ó los locutorios de los conventos. En ambas partes se lleva la alta y baja de quién nace y de quién muere, de quién se casa ó de quién se separa, de los que están malos y de los que están buenos.

La condesa era muy amiga de enterarse de historias, de estar al corriente de cuanto pasaba; pero tenía una buena cualidad: sabía guardar un secreto cuando á ella se le confiaba, siendo respecto á esto su máxima la siguiente:

«De lo que yo averiguo por mi cuenta, puedo hacer el uso que mejor me parezca; pero de lo que me cuentan en confianza, de eso tengo el deber, á que nunca falto, de guardar el secreto.»

— Aunque hay secretos, añadía, como el de Fulana — y citaba con gran irreverencia el nombre de la que fué una de las principales señoras de la corte, — que se casó en secreto y salía embarazada en público.

Terminaba sus visitas de por la tarde en el salón más de moda, allí donde se recibía más en grande y donde podía hablar con más gente, y cuando regresaba á su casa para vestirse para por la noche, podía decir que así como no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, no ocurría en todo el ámbito de la villa del oso y del madroño, como dicen los novelistas, nada que ella no supiese.

Cuando no tenía convidados á su mesa, salía ella á comer fuera, y sus *toilettes* de noche eran muy complicadas. No renunció nunca á los colores claros; usaba muy buenos encajes, se prendía unas ricas joyas antiguas y llevaba siempre las manos ocupadas por una porción de cachivaches. El pañuelo, la caja de rapé, que era siempre una maravilla artística, porque hacía colección; el abanico, antiguo y riquísimo, porque también hacía de ellos colección, y los lentes ó impertinentes de oro y pedrería, de los que hacía frecuente uso.

Todo esto lo llevaba sobre la falda, ó lo dejaba en una mesa, junto á la cual se ponía siempre. Tomaba rapé y no jugaba nada más que al *dominó*, y eso cuando no tenía quien la formase corro.

Muchas de sus frases han quedado. Decía que la desvinculación había sido una barbaridad, porque el primer hijo es siempre del marido, no pudiendo asegurarse lo mismo de los otros.

Profesó un odio implacable á Mendizábal; y cuando el célebre ministro murió poco menos que en la miseria, exclamó sin tener compasión ni hacerle justicia:

— ¡Mire usted al Sr. D. Juan Manuel! ¡No sabía yo que también había sido pródigo!

Llegó á Madrid una famosa señora extranjera, de la que se declaró desde el primer momento enemiga, y decía que sólo podían visitarla los senadores y diputados.

— ¿Por qué?, le preguntaban.
— Porque son inviolables, contestaba como si no hubiese dicho nada.

Una de sus amigas, que no andaba muy sobrada de recursos, tenía para su carruaje un tronco de yevas viejas que se arrodillaban con frecuencia cuando tiraban del coche, y las puso las *beatas*.

Cuando murió otra de sus amigas, que no se había distinguido por su limpieza, le hizo la siguiente oración fúnebre:

— No despedirá peor olor después de muerta que el que despedía en vida.

Decía de los prados que turban la soledad y no hacen compañía.

Cuando le contaban una gran mentira, se solía dar bofetaditas en la cara.

— ¿Por qué hace usted eso?, le preguntaban.
— Para castigarme la cara que debo tener de boba.

Era muy aficionada al trato de los hombres políticos y tenía amistad íntima con los más eminentes, no dejando de sacar provecho de estas relaciones, porque era muy aficionada á los pleitos, y sostuvo bastantes de importancia hasta con las personas más allegadas de su familia.

Su salón era de lo más heterogéneo que había en Madrid, teniendo la manga ancha para recibir gente en las reuniones grandes; pero no por esto se intimaba fácilmente con ella, siendo muy reducido el círculo de sus preferidos.

Gozaba de una buena fortuna que administraba muy discretamente, y en los tiempos de la Revolución de Septiembre fué la única señora de la aristocracia antigua que acudía á los salones oficiales, aunque entonces hacía alarde de ideas legitimistas.

Para demostrar que rendía culto ferviente al pasado, tenía en el patio de su casa un sereno que cantaba en voz alta el *Avemaría* cuando el reloj daba la hora.

Al salir de una fiesta en traje de baile, cogió una enfermedad que en pocas horas le causó la muerte, pudiendo decirse que sólo un par de días antes de morir alteró sus costumbres, y tan tenaz fué, que no quiso ni aun en sus últimos momentos reconciliarse con aquellos con los que sostenía pleitos.

Muchas más cosas había notables en ella; pero no todas pueden contarse, y la mayor parte de sus frases célebres son más para decirse al oído que para escritas.

Era un tipo de la sociedad francesa de últimos del siglo pasado, olvidado en medio de la sociedad de estos tiempos hasta que Dios dispuso de ella.

Dios la haya perdonado.

KASABAL.

RECUERDOS DE VIAJE

LOS ENEMIGOS MÁS TEMIBLES EN EL ÁFRICA DEL SUR

No son únicamente los boers los enemigos que los ingleses tienen que combatir en su campaña del Africa del Sur. Hay otras legiones temibles, con las que seguramente no se ha contado en Europa y entre las que no valen anexiones ni ficciones diplomáticas de ninguna clase.

Están tales legiones formadas de gente menuda y despreciable, si desde lejos se la considera, pero que llega á ser el terror constante del que está expuesto á sus ataques.

Hormigas blancas y negras, moscas y mosquitos, langostas, ofidios, ratas, murciélagos tremendos y otra porción de bichos y alimañas hacen casi imposible la vida en los campos del Africa, pues entre tales enemigos apenas hay defensa.

Podrán reirse de esto los europeos, bien hallados en sus cómodas y deliciosas zonas medias, cuna de la población humana, centro y foco de la civilización. Para el habitante blanco de las regiones africanas es continua pesadilla y tormento perpetuo.

La plaga de las moscas es terrible. Aparte de ser, con los mosquitos, uno de los principales agentes de propagación de la malaria y otras infecciones, al invadir, como suelen, las localidades habitadas por el hombre, burgos ó campamentos, no hay forma de vivir. Los caballos y bueyes se impacientan y espantan. El hombre se fatiga de luchar entre la acometi-

vidad de estos pertinaces invasores, y furioso, loco, no piensa más que en escapar fuera de su acción.

Una de estas moscas, el *tsetse*, ha dificultado más la ocupación y colonización del Africa que todos los salvajes, fiebres, bestias feroces y demás peligros del continente negro, todos juntos.

Hombres, caballos, bueyes, ovejas, perros, todos caen bajo el ataque de esta mosca, más pequeña aún que la común, y ante sus mortíferas picaduras no hay más alternativa que escapar ó sucumbir. Los asnos y las cabras son los únicos animales domésticos que pueden resistir el veneno del *tsetse*.

La construcción del ferrocarril de Delagoa Bay á Pretoria se ha retardado y dificultado mucho por tener que atravesar la zona habitada por la terrible mosca, y la emigración de la población blanca hacia el Noroeste del Transvaal está también contenida por este formidable enemigo.

La presencia de los mosquitos es también intolerable, especialmente en las tierras bajas y en las proximidades de la costa y de los ríos y lagunas.

Son tantos y sus picaduras son tan brutales, que por lo que á mí me toca puedo decir que durante los primeros días de mi llegada á Africa tuve la cara y el dorso en ambas manos cubiertos de postillas como si hubiera padecido un ataque de viruela. Imposible el dormir con tan molestos huéspedes. Su zumbido pone nervioso, sus picaduras frenético. Es inútil la lucha ni el tratar de exterminarlos, pues sobre que la mayor parte de las veces ocurre *por dar en el asno dar en la albarda*, cuando por acaso se consigue aplastar uno, acuden más de ciento á su funeral, como me hacía notar un habitante del país ya resignado á este suplicio.

¡Y si fueran sólo los mosquitos! ¡Cuántas veces he tenido que interrumpir mi descanso para emprender á palos con las ratas que me roían el equipaje! ¡Cuántas veces he despertado al aleteo de los murciélagos, rozándome la cara! En una ocasión me encontré una pareja de estos quirópteros, de gran tamaño y repulsivo aspecto, que había hecho cubil de mi cama, precisamente junto á la almohada, y me vi negro para desembarazarme de ellos.

Las hormigas merecen capítulo aparte. Las hay negras y blancas, y unas y otras comprenden numerosas tribus, todas las cuales practican el axioma que campea como mote en el escudo del Transvaal: *Eendragt maakt magt* (La unión hace la fuerza).

Imposible parece, al considerar uno de estos individuos aisladamente, lo que pueden hacer cuando se juntan por millones. El cazador que está á la espera y se ve invadido por una turba de hormigas negras, ya puede renunciar á la caza, escapar del puesto y limpiarse como pueda de los invasores. Desgraciado del que duerma al alcance de uno de estos ejércitos formidables. Le despertará en seguida el dolor insoportable de centenares de poderosas mandíbulas clavadas simultáneamente por todo su cuerpo, pero principalmente alrededor de los ojos; y primero que se vea después libre de la plaga, bien puede decir que ha sufrido los tormentos del infierno. Estas hormigas son tan tenaces, que antes de soltar su presa, cuando se pretende arrancarlas, dejan las mandíbulas clavadas en la carne de la víctima y ésta se encuentra con el abdomen del insecto entre los dedos, mientras que el aparato masticador, con la cabeza y el tórax, quedan adheridos en el sitio de la mordedura.

Cuentan que uno de los suplicios, entre los cafres, en los tiempos pasados, era sujetar al condenado, con cuatro estacas clavadas en el suelo, cerca de los hormigueros. El infeliz perecía entre las más atroces torturas, y no se pasaba mucho tiempo sin quedar tan sólo los huesos pelados.

Las llamadas hormigas blancas son todavía más voraces. Devorarán todo, menos los metales y las piedras. Minan á veces los cimientos de las casas, penetran generalmente de noche, en numerosísimos enjambres, y esteras, muebles, vestidos, todo desaparece. Un baúl de cuero, una maleta, un par de botas, son para ellas gran regalo y desaparecen como por encanto. Al amanecer, terminada su obra destructora, emprenden estos ejércitos su retirada, no dejando tras de sí ni aun residuos ó despojos.

Los hormigueros no son, como en Europa, pequeños agujeros dando acceso á las galerías subterráneas donde estos insectos se albergan. Son verdaderos edificios de tierra endurecida, de forma cónica, que llegan á medir sus treinta pies de altura por ciento de circunferencia en la base. A veces aprisionan entre sus muros los troncos de los árboles, que levantan sus copas sobre el hormiguero, y cuando desde lejos se distinguen varios de éstos, vecinos unos á otros, más parecen aldea de cafres que habitación de insectos diminutos.

No es posible imaginar el número de éstos que

tendrán que ponerse al trabajo para levantar construcciones semejantes, y es este uno de los ejemplos más patentes de lo que pueden la unión y la perseverancia.

El hombre, con todos sus poderosos medios de destrucción, no es para las hormigas africanas el enemigo más temible.

El *aardwaark*, que dicen los boers, ú oso hormiguero, es al que temen y el que causa entre ellas más estragos. Ataca este animal los hormigueros abriendo desde lejos galerías subterráneas, para presentarse de repente en el interior del albergue de la tribu y sembrar en ella la desolación y el espanto. Porque el oso hormiguero no teme sus picaduras y las devora á millones, que son su manjar por excelencia.

A veces, en la soledad de los campos y en medio del silencio de la noche, siente el viajero retremblar la tierra y trepidaciones subterráneas que infunden pavor al más sereno, si no tiene idea de la causa. Es el oso hormiguero en sus trabajos de zapa. No es raro tampoco que el animal aparezca de repente á flor de tierra por la entrada de la galería que practica, ya por huir de algún peligro, ya porque el instinto le dice que su trabajo en tal ocasión es inútil.

Cuentan que estando

un centinela inglés, en las avanzadas de un campamento, de escucha nocturno, vió de repente aparecer

á su espalda uno de estos animales, espantable en su aspecto, con su melena parda y sus ojos relucientes, mirándole de hito en hito. Lleno de terror el soldado echó á correr y refugióse en el campo, diciendo que un boer enlutado ó el espectro de un boer había atravesado las líneas sin dar el santo y seña.

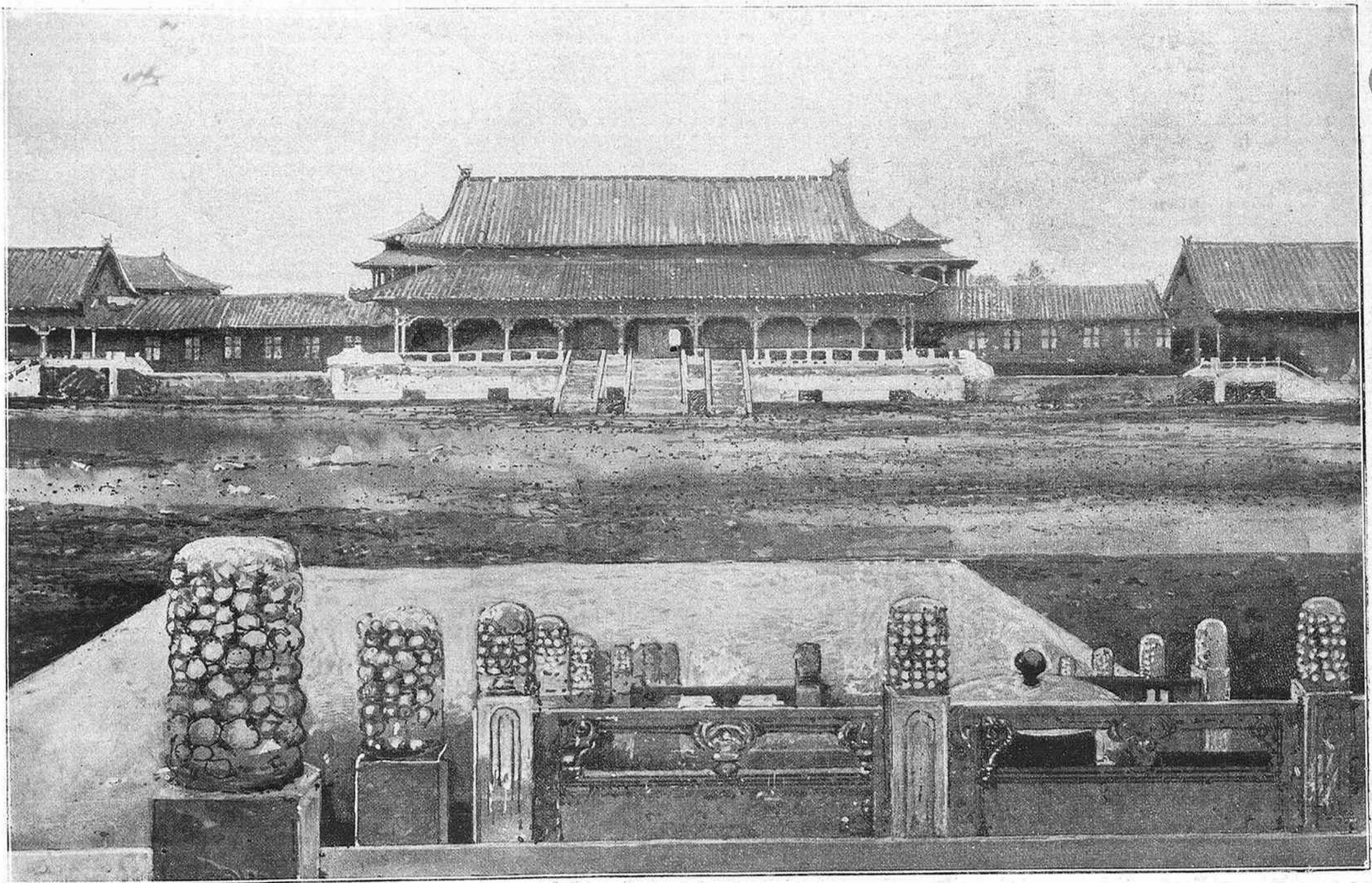
VICENTE VERA.



LA SEÑORA DE ELOFF Y LA SEÑORITA GUTTMANN, NIETAS DE KRUGER, Y LOS BISNIETOS DE ÉSTE

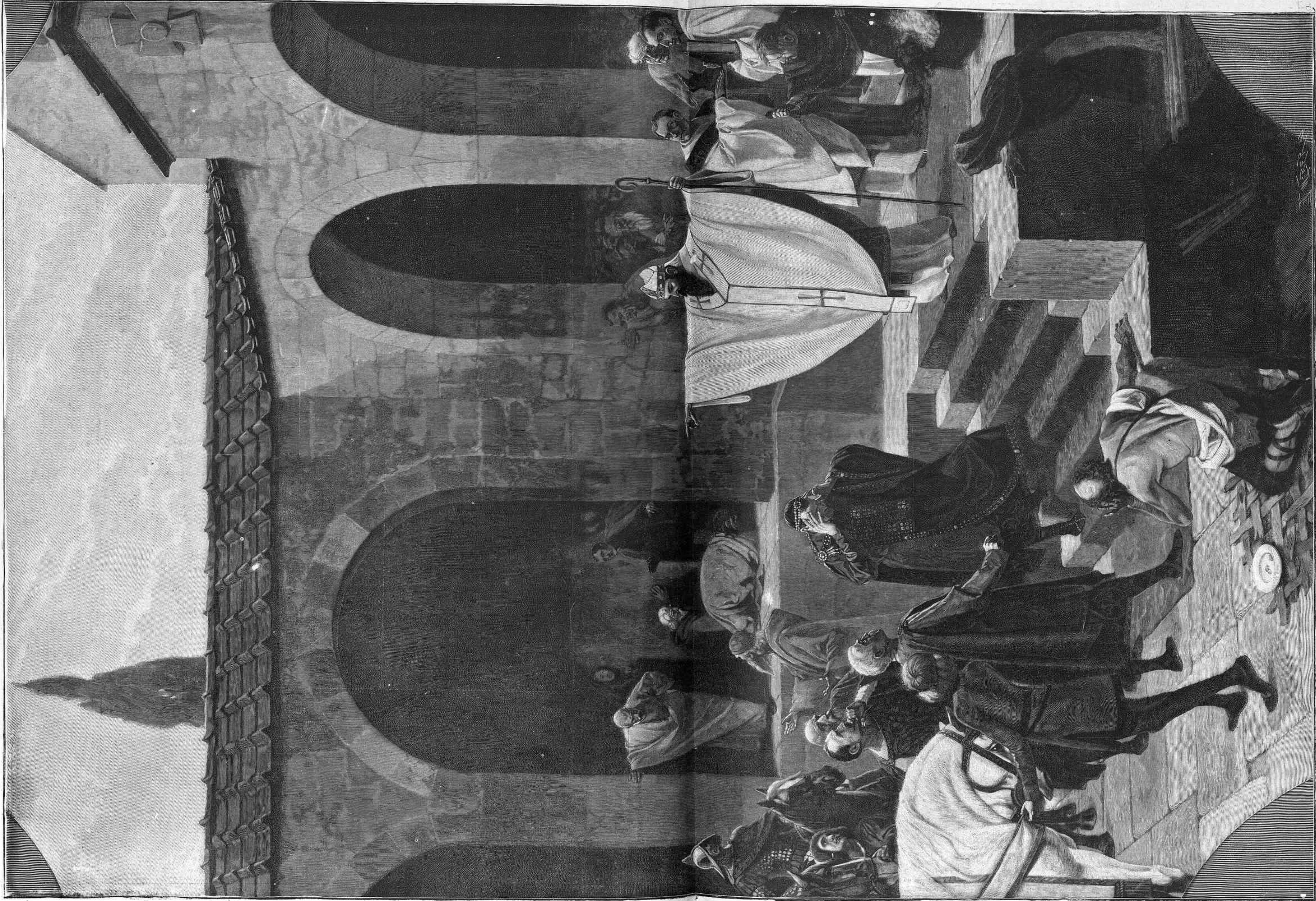
LA LLEGADA
DE KRUGER Á EUROPA

Desde que se anunció el viaje del presidente del Transvaal á Europa, nadie dudó de que sería recibido con las más elocuentes muestras de cariño y simpatía; pero la realidad ha superado á las esperanzas de los más optimistas, y cuantos han presenciado la llegada de Kruger á Marsella primero y después á París, convienen en que ninguna de las manifestaciones populares de nuestros tiempos ha revestido las proporciones grandiosas ni ha despertado el entusiasmo que la recepción del jefe de la república transvaalense. En ambas capitales, el pueblo en masa ha saludado con delirantes aclamaciones al anciano boer; en todas partes las autoridades, corporaciones y particulares le han ofrecido sus respetos y le han manifestado su admiración hacia el he-



CONFLICTO CHINO. - UNO DE LOS PATIOS DEL PALACIO IMPERIAL DE PEKÍN, dibujo de Holland Tringham

ATENEU D
BIBLIOTEC
MADRI



EL OBISPO AMBROSIO NEGANDO AL EMPERADOR TEODOSIO LA ENTRADA EN LA IGLESIA DE SAN AMBROSIO DE MILAN,

CUADRO DE GELHARD FUGEL



roico pueblo que sostiene una lucha verdaderamente épica por su independencia; por dondequiera que ha ido ha encontrado un sentimiento unánime de afecto.

No hemos de detallar el viaje de Kruger, que bien podemos calificar de triunfal; basta decir que Francia no ha tributado á ningún soberano, ni á los más poderosos, una manifestación tan soberbia y espontánea como la de que ha hecho objeto á ese jefe de un Estado pequeño y acosado por la desgracia.

Tampoco hemos de relatar los diferentes episodios de su viaje; pero sí diremos algo, por el especial interés que reviste, de su visita al pabellón del Transvaal que figuró en la Exposición.

Cuando por la mañana, M. Pierson, comisario de la República Sudafricana, anunció que Kruger visitaría la sección boer, no había obrero alguno en aquella parte del Trocadero y el pabellón estaba lleno de cajas de embalaje: pero en seguida acudió una sección de agentes que en un instante desembarazaron aquel recinto, cubrieron con arena los charcos formados por las últimas lluvias y adornaron con flores el camino por donde debía pasar el presidente. La llegada de éste fué en extremo conmovedora; el pobre anciano, al contemplar su busto gigantesco rodeado de flores y de inscripciones, apenas pudo contener su emoción y permaneció largo rato pensativo. En la granja boer, sus ojos se fijaron en una antigua Biblia holandesa abierta sobre un mueble: M. Pierson le señaló con el dedo los versículos 29 y 30 del Deuteronomio y se puso á leerlos con voz solemne; el presidente, con la cabeza descubierta, escuchó con fervor la lectura de aquellas palabras: «Entonces os dije: No temáis ni abriguéis ningún temor por ellos. El Señor, vuestro Dios, va delante de vosotros y combatiré por ellos.» Kruger estrechó conmovido la mano de M. Pierson que lo condujo ante un retrato de Villebois-Mareuil. Al verlo, el anciano se descubrió diciendo: «¡un francés, pero un compatriota!» Y con estas palabras pareció evocar toda la historia de su pueblo, las batallas infructuosas, los valientes que han muerto en defensa de su patria.

Después, retiróse emocionadísimo mientras una inmensa muchedumbre prorrumpía en gritos de ¡Viva Kruger! ¡Vivan los boers!

El presidente Kruger se ha reunido en Francia con algunos individuos de su familia, entre los cuales se cuentan sus nietas, la señora de Eloff y la señorita Gutmann, y sus bisnietos, hijos de la primera, cuyos retratos, formando encantador grupo, publicamos en la página 783.

Según parece, el viaje del presidente del Transvaal á Europa tiene por objeto interesar á las potencias para que interpongan su mediación y hagan cesar la guerra por medio de un arbitraje. Difícil es que tal objeto se logre, pues las razones de Estado que invocarán de seguro los gobiernos no les permitirán proponer una intervención que tantas veces Inglaterra ha rechazado. Otra cosa sería si en vez de las razones de Estado hubiesen de atender los gobiernos á los sentimientos de las naciones: entonces sí que Europa en masa, el mundo entero se alzaría en defensa de los fueros y de la justicia y reintegraría en sus derechos al pueblo boer, cuyo único delito consiste en haber despertado la codicia británica con las riquezas que su suelo atesora. — C.

NUESTROS GRABADOS

Caballos en el baño, cuadro de Luisa Kemp-Welsh.—La autora de este cuadro, cuyo retrato adjunto publicamos, es la discípula predilecta del eminente profesor inglés Herkomer, y es considerada como una estrella de la Academia Bushey. En los círculos de la alta sociedad londinense se siguen con gran atención sus progresos, á pesar de que tan notable artista permanece alejada de la existencia ruidosa del gran mundo y vive consagrada exclusivamente á su arte. Gústale observar los animales en libertad, sobre todo el caballo, y su campo de estudio es la selva que se extiende junto á Bushey, porque allí abundan los caballos libres de freno; contempla los paisajes, y antes de trasladarlos al lienzo se penetra de ellos tan por completo, que acaba por hacer

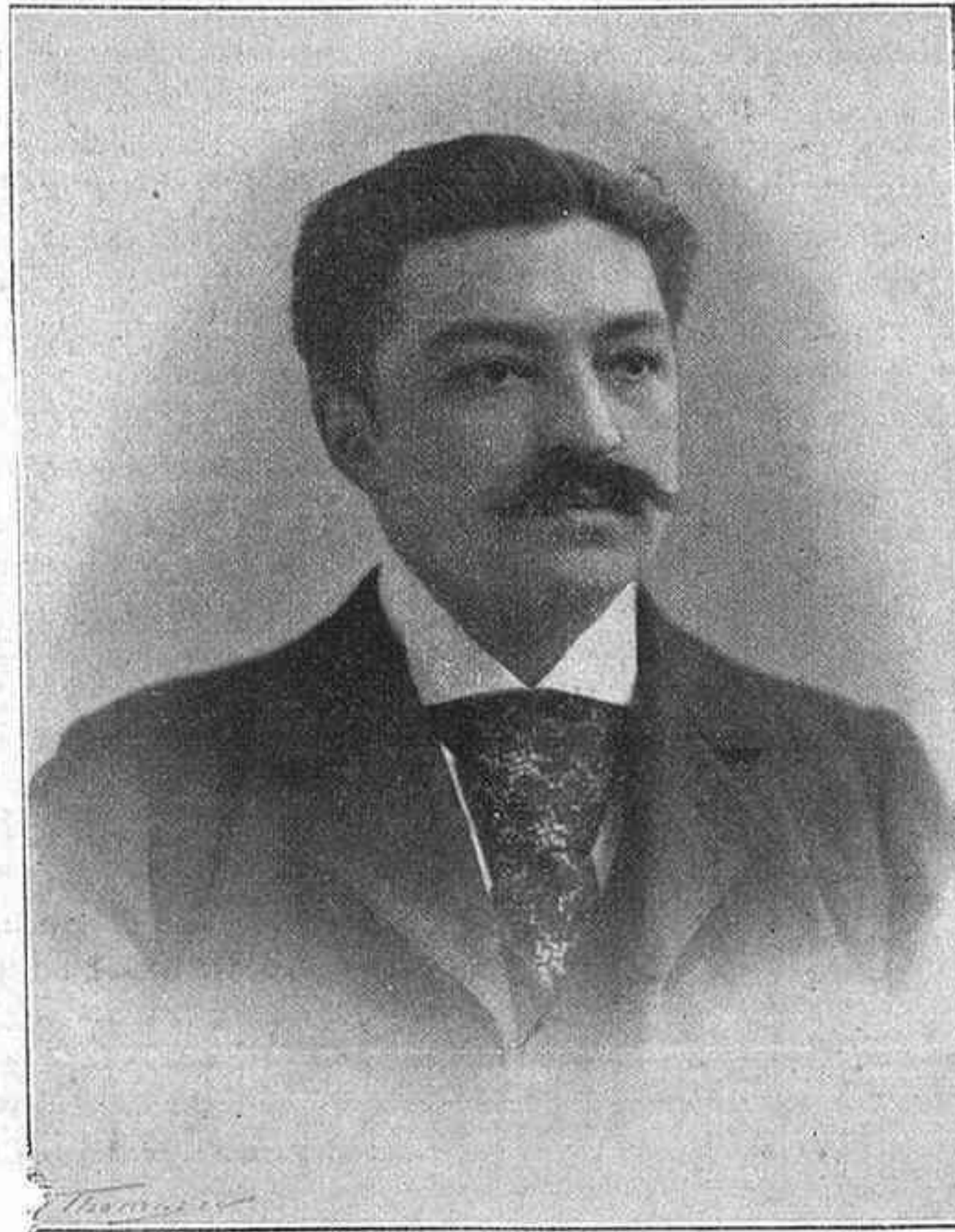


LUISA KEMP-WELSH

de la naturaleza una parte esencial de su propio ser. Es realista, pero realista de buena ley, pues busca el efecto en la reproducción exacta de las bellezas naturales hondamente sentidas, sin extravagancias que las desfiguren ni vaguedades que hagan de sus concepciones indescifrables enigmas. Era apenas conocida

en el mundo del arte, cuando adquirió de repente gran fama con su cuadro *La casa del potro*, que fué adquirido por el Estado y hoy figura en la Galería Nacional Británica. Luisa Kemp-Welsh nació en Bournemouth, quedando huérfana á los pocos años: cuanto es y cuanto vale se lo debe á sí misma, y esto constituye otro timbre de gloria para la notable artista.

El Sr. D. Carlos A. Palacios, presidente de la Cámara de Diputados de Chile.—Uno de los más



D. CARLOS A. PALACIOS, Presidente de la Cámara de Diputados de Chile (de fotografía remitida por D. Fidel Pinochet Le-Brun, de Talca, Chile).

jóvenes políticos chilenos, y sin disputa el que lleva más brillante carrera, es el actual presidente de la Cámara de Diputados D. Carlos A. Palacios.

Nacido en Bulnes (provincia de Chillán) el 20 de octubre de 1868, cuenta apenas treinta y dos años. Después de haber terminado con brillo los estudios de Humanidades en el Liceo de Chillán, se trasladó á Santiago á cursar Leyes en la Universidad Nacional. Acaso no habría exageración si asegurásemos que no ha habido en los cursos de Leyes un alumno más aprovechado y que mayores distinciones haya merecido. Como en sus estudios de Humanidades, obtuvo en la Universidad el premio en todos los ramos que cursó.

En 1890, cuando sólo contaba veintidós años de edad, obtuvo el título de abogado, y continuó dedicando su tiempo á estudios jurídicos y á hacer interesantes publicaciones sobre reformas en la Constitución Política y en la legislación de su patria, publicaciones que vieron la luz en la *Revista Forense Chilena*.

En las elecciones generales de 1894 fué elegido diputado por la agrupación de Bulnes y Yungay. A esa misma distinción se ha hecho acreedor en las elecciones sucesivas de 1897 y de 1900, con lo cual los departamentos que lo han elegido su representante no han hecho sino corresponder á la noble actitud, al honrado patriotismo y á la enorme labor intelectual, social y política de Palacios.

Sería larga tarea la de enumerar todos los importantes proyectos de ley que ha presentado al Congreso Nacional. Mencionaremos sólo el relativo á las casas de préstamos, hoy ley de la República, y con el cual ha prestado grandes servicios á la clase menesterosa y á los obreros chilenos, librándolos en gran parte de la usura de los prestamistas.

En agosto de 1897 fué llamado á desempeñar el Ministerio de Guerra y Marina, cuando aún no cumplía veintinueve años; y fué tal la actividad que desplegó en el desempeño de su elevado cargo, que es cosa reconocida por todos que, en una época en que se vislumbraban las amenazas de un conflicto con la Argentina, él fué el primer ministro de Guerra previsor que, en los cuatro meses que desempeñó el ministerio, colocó las fuerzas militares del país en condiciones de defender con honra la bandera nacional.

Desde junio de 1898 hasta el mismo mes del año siguiente desempeñó el Ministerio de Justicia é Instrucción Pública. En todos los servicios del ramo dejó sentir la influencia de su talento, de sus conocimientos administrativos y de su actividad para el trabajo; y la Memoria que presentó al Congreso Nacional es la más luminosa de cuantas han presentado hasta hoy los ministros chilenos.

Al principiar las sesiones ordinarias del presente año, la Cámara de Diputados lo eligió por una gran mayoría para que desempeñara el honroso cargo de presidente, en el cual Palacios ha conquistado nuevos laureles; y en el mes de octubre último, al abrirse las sesiones extraordinarias, ha vuelto á ser elegido para el mismo puesto.

Mucho puede esperarse todavía de un político tan joven y que figura ya entre los más aventajados estadistas de su patria. — F. P.

Ilusión perdida, cuadro de Guillermo Schade.

— En el número 985 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos otro lienzo de este famoso pintor alemán y expusimos el concepto que nos merecía la composición, así por su carácter como por su técnica. Como *Ilusión perdida* pertenece al mismo género que *La Ilusión vencida por la Experiencia*, nada hemos de decir acerca de las bellezas de fondo y de forma que en él se observan, porque habríamos de repetir lo que al ocuparnos del otro dijimos.

Conflicto chino. Uno de los patios del palacio imperial de Pekin, dibujo de Holland Tringham. — La entrada de las tropas aliadas en la capital del Celeste

Imperio ha debido producir en los chinos gran estupor, no tanto por lo que significa la ocupación de aquella ciudad, como por haber los *perros* europeos profanado con su planta el palacio de los emperadores, recinto cerrado á todo extranjero y considerado como lugar sagrado é inviolable. Los soldados de las potencias no respetaron este carácter, y formados por columnas y por nacionalidades recorrieron los inmensos edificios de aquella mansión imperial hasta entonces no vistos más que por los familiares del soberano, y pudieron contemplar las maravillosas riquezas, los extraños adornos, los valiosos tesoros acumulados en aquellos palacios por tantas generaciones. El dibujo que en la página 783 reproducimos, y que representa uno de los patios de la imperial residencia, da perfecta idea de la grandiosidad de la misma y constituye un interesante detalle de actualidad al propio tiempo que una curiosa nota artística.

El obispo Ambrosio negando al emperador Teodosio la entrada en la iglesia de San Ambrosio de Milán, cuadro de Gebhard Fugel.—

En el año 389 de nuestra era fueron asesinados en la ciudad griega de Tesalónica algunos funcionarios imperiales, cuyos cadáveres se arrastraron por las calles: el emperador Teodosio impuso á aquella población terrible castigo, haciendo asesinar por sus soldados á siete mil de sus habitantes. El obispo de Milán, Ambrosio, uno de los más sabios y famosos príncipes de la Iglesia de aquella época, en vista de aquella crueldad y á pesar de los servicios prestados por el emperador para la propagación del cristianismo, nególe la entrada en la iglesia de San Ambrosio y el uso de los sacramentos hasta que Teodosio arrepentido pidió entre lágrimas y sollozos el perdón de su crimen. El momento en que el obispo niega al soberano la entrada en el templo constituye el asunto del hermoso cuadro de Fugel que reproducimos: el emperador, aterrado, se inclina ante el prelado, que aparece revestido de todos sus ornamentos; la cólera y la emoción se pintan en los semblantes de los que á Teodosio acompañan, al paso que en los rostros de los sacerdotes que detrás del obispo se agrupan revélase el conocimiento de la importancia del acto que ante ellos se realiza. La composición resulta grandiosa y solemne, las figuras están admirablemente dispuestas y en los detalles arquitectónicos y de indumentaria se ve al artista concienzudo que no sacrifica la verdad histórica á los efectos convencionales. Gebhard Fugel nació en 1863 en una aldea de la alta Suabia, entró en 1879 en la escuela de Bellas Artes de Stuttgart, en 1888 hizo un viaje por Italia y en 1890 estableció su residencia en Munich. Se ha dedicado especialmente á los asuntos religiosos, procurando dar forma moderna y original á los asuntos bíblicos, reputándose hoy como uno de los más notables pintores de este género. Entre sus cuadros más importantes merecen citarse: *Jesús curando á un enfermo*, *La crucifixión de Cristo*, *La descendión de la cruz*, *El sepelio de Jesús*, *Jesús bendiciendo á los niños*, *La última cena* y otros, algunos de los cuales hemos reproducido.

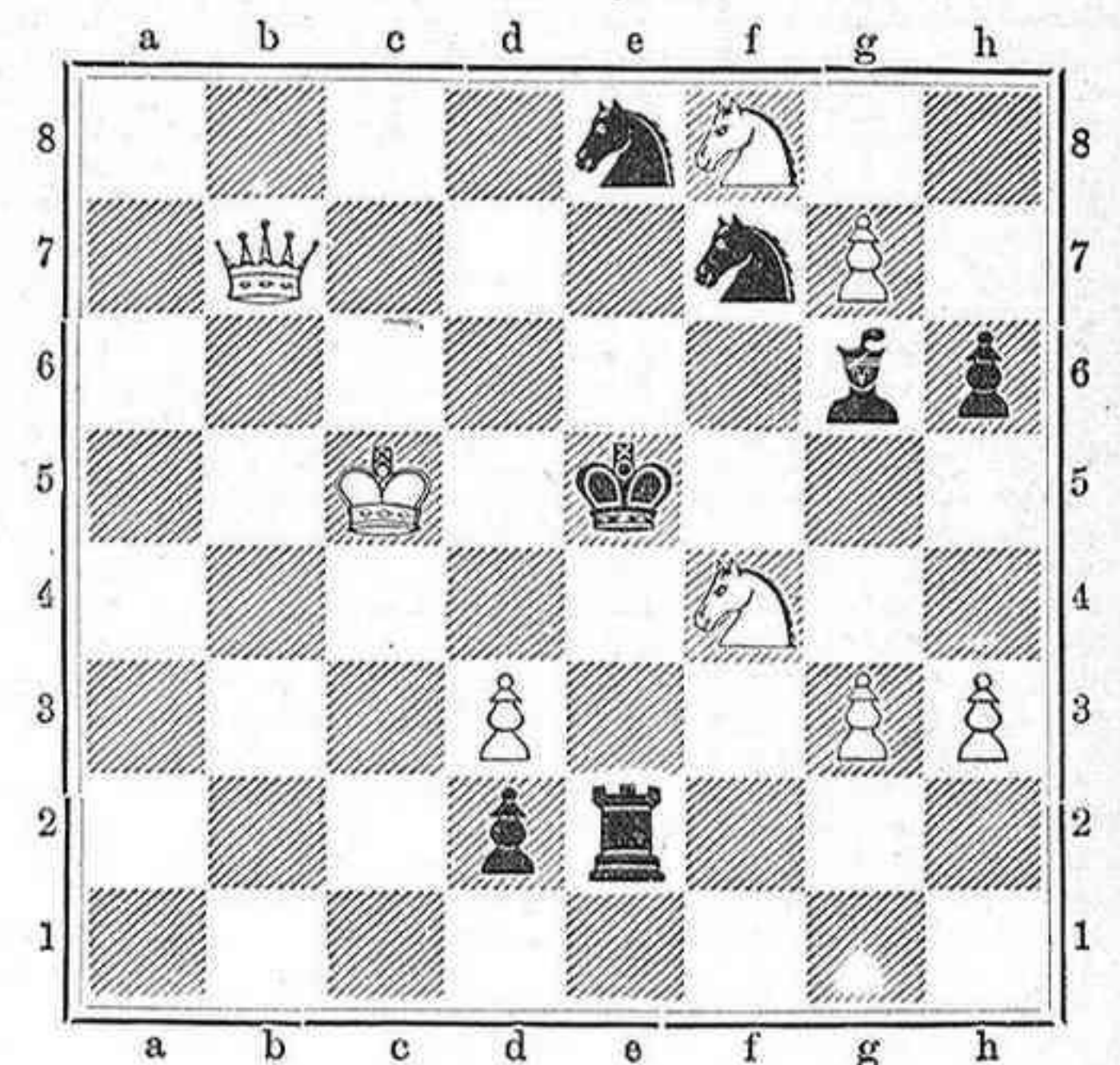
Teatros. — Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *La mare eterna*, drama en tres actos de Ignacio Iglesias, que encierra un pensamiento profundo y está muy bien escrito; y en Romea *El sí de las novias*, refundición admirablemente hecha por D. Alberto Llanas de la preciosa comedia de Moratín *El sí de las niñas*. En el Liceo ha debutado con la ópera *La Favorita* el tenor catalán D. José Palet, que ha sido extraordinariamente aplaudido y de quien es de esperar que antes de poco será una estrella de primera magnitud en el mundo del arte lírico-dramático, pues le sobran facultades para ello y no le falta voluntad para cultivarlas, perfeccionándolas con ulteriores estudios.

Necrología. — Ha fallecido D. Francisco Soler y Roviroa, eminente pintor escenógrafo catalán, cuyos retrato y biografía publicaremos en el número próximo.

Las numerosas personas que emplean la **CREMA SIMÓN** han adoptado asimismo los **POLVOS DE ARROZ** y el **JABÓN** á la **CREMA SIMÓN**.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 219, POR G. CHOCHOLOUS
NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (8 piezas)
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 218, POR DR. S. GOLD

Blancas. Negras.
1. D e6-g4 1. Cualquiera.
2. D ó C mate.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.



— ¡Buenas tardes, caballero!, dijo la muchacha agarrándose a una junquera

EL ÚLTIMO CABALLERO

NOVELA ORIGINAL DE D. F. MORENO GODINO. — ILUSTRACIONES DE CUTANDA

(CONCLUSIÓN)

Eran una mujer y un perro que nadaban con mucho braceo, dando risotadas y ladridos, que se perseguían mutuamente, se juntaban, y á veces la mujer, completamente tapada con un traje obscuro de baño, intentaba montarse en el perro, sacando del agua un piecico muy blanco. Lo que más admiró el vizconde en aquella fué su destreza en la natación; hacía creer en la metempsicosis; antes que mujer habría sido ondina ó nereida.

Otra sorpresa: á alguna distancia de los nadadores bogaba una barcaza, aparejada en balandra, y en ella remaban otra mujer y un chicuelo, porque como no había aire la vela no servía para nada. Los nadadores venían casi por el comedio del río; pero oyendo los ladridos del perro del vizconde y viendo á éste, fueron aproximándose á la orilla. La mujer, á más de joven, era muy agraciada, y el perro un magnífico Terranova.

— ¡Buenas tardes, caballero!, dijo la muchacha agarrándose á una junquera para detenerse y soltando una carcajada.

— ¡Caramba!, exclamó el vizconde, me vienen ustedes como de perlas; ¿podrían llevarme á la otra orilla en esa barca?

— Sí.

— Tenía citado aquí á un barquero y no parece.

— Cuestión de vino; á estos del río les gusta mucho por lo mismo que siempre están sobre el agua. Aguarde usted y será servido.

Y diciendo esto, la muchacha soltó la junquera, retrocedió nadando hacia la barca y saltó á ella, seguida de su perro.

A los pocos minutos, la embarcación se detuvo junto adonde estaba el vizconde, y algo después éste vió salir á la joven nadadora de una especie de camarote que había á popa, vestida con un sencillo traje de cretona que no carecía de elegancia.

— Salte usted á la barca y le pasaremos, dijo la muchacha.

Y cuando el vizconde y su perro estuvieron ya á bordo, repuso:

— Tiene usted buena sombra: se levanta brisa.

Y luego, dirigiéndose á un chicuelo de once ó doce años que estaba en la barca, añadió:

— Tomás, enfacha la vela, que algo nos ayudará.

Todo esto dicho en voz muy agradable y muy resuelta.

Ya en la barca, el vizconde pudo analizar la tripulación, compuesta de tres personas. La ex ondina era una joven que tendría á lo sumo diez y siete ó diez y ocho años, bella y rebosando gracia en su semblante. Poseía tres atractivos soberbios: un magnífico pelo castaño que se escapaba al peine y las horquillas, ojos con mucho negro y mucha luz, y unos brazos esculturales que asomaban por entre las mangas perdidas. En la popa de la barcaza estaba sentada una mujer, ya de alguna edad, de fisonomía alegre y maliciosa, que remaba con mucha soltura, mientras el muchacho orientaba la vela.

Los tres estaban bien trajeados y limpios.

— ¿Son ustedes barqueros?, preguntó el vizconde.

— Sí, señor, contestó la joven riendo, quizá para enseñar su blanquísima dentadura.

— Y además pescamos: ya ve usted la red, dijo la mujer de edad haciendo un mohín.

— Pero *barqueamos* y pescamos á ratos perdidos, observó la muchacha. Porque mi padre está empleado en la estación de *Dos Hermanas* y yo tengo que ayudarle. Esta señora es el ama de llaves y cocinera de la estación y este *pillín* el correvedile de todo el mundo.

Dicho esto, soltó una carcajada, coreada por los otros *tripulantes*, y añadió:

— Hoy no teníamos ya qué hacer, porque ha pasado el tren para Cádiz, y nos hemos dicho: ¡al agua patos!, quiero decir que nos hemos venido al río á refrescarnos, que buena falta hace.

Nuevas risotadas. Al vizconde le sorprendía algún tanto aquel exceso de hilaridad.

La joven se puso á remar; el chico, enfachada la vela, que en efecto *ayudaba* algo, remó también; los tres eran diestros en este ejercicio; de suerte que la barca tardó poco en atravesar el río.

— Si va usted á Coria, ya hemos llegado, dijo la muchacha.

Y tomando un duro que el vizconde le ofrecía añadió:

— ¡Viva usted mil años!

Saltó éste á la orilla, seguido de su perro, y fué despedido con una carcajada general. Aquellas eran demasiadas risas; el vizconde no podía suponer que le encontrasen ridículo; pues de seguro no lo estaba con su airoso traje de caza, mitad andaluz y mitad señorial.

Ya en la ribera, y cuando la barca se alejaba, se le ocurrió una idea.

— ¡Eh, niña!, gritó. ¿Cómo te llamas?

— Mariana, contestó la joven, también gritando. Para servir á Dios y á usted.

Mientras comía con su hermano, y luego, cuando jugaba al tresillo con éste y con el médico de Coria, el vizconde pensó algunas veces en la linda barquera del Guadalquivir.

III

El vizconde llegó á Nápoles en los primeros días de agosto. Acostumbrado á Andalucía, no le causó gran impresión la alta temperatura de la bella Partenope. Vió al notario del difunto duque de B..., que ratificó y amplió lo expresado en su carta.

— ¿Y esa parienta del duque?, preguntó el vizconde.

— No me he ocupado de ella. Se presentó aquí enlutada, pero no formuló ninguna demanda.

El notario después advirtió al vizconde que tenía comprador razonable para el palacio que el duque había dejado en Roma, en el caso de que los herederos quisieran venderle.

Dado este primer paso, y según lo convenido con su hermano, determinó ver á aquella parienta desconocida. Tenía sus señas: *Torre Anunziata, strada Aversa, 23*.

Una mañana se trasladó á esta población, pensando en cuál sería el *deber de justicia* á que Sabina Vintimiglia aludía en su carta.

Buscó la casa y número indicados. La casa era algo vieja, y no muy corta la escalera que tuvo que subir el vizconde.

Llamó en el cuarto piso, y abrió una mozuela de trece á catorce años, al parecer criada.

— ¿La *signora* Sabina Vintimiglia?

— Está en cama, algo enferma.

— Pásela usted recado, si puede ser, que deseara el vizconde de Fenestrela.

Entró la criada dejando abierta la puerta de la escalera, volvió á salir é introdujo al vizconde en una pieza, pidiéndole muy melosamente que tuviera la bondad de esperar un momento. Mientras esperaba examinó la habitación, que no tenía nada de particular. Muebles antiguos, pero limpios. Además de la de entrada, una puerta de madera, entornada. Estampas vulgares en las paredes; pero entre éstas llamó la atención del vizconde un cuadro al óleo, que debía ser un retrato. Representaba la cabeza y busto de un joven con blusa. La cabeza era vigorosa y las facciones correctas y enérgicas. El cuadro no estaba mal pintado.

Aquella cabeza se asemejaba á la del difunto duque de B..., tal como el vizconde le había conocido en París, ocho ó diez años antes, si bien representando menos edad.

«Será el retrato del duque,» pensó el vizconde.

En esto se abrió la puerta de madera, y salió la criada diciendo:

— Puede pasar el señor.

La pieza tenía una ventana de sotabanco, por donde penetraba el sol.

El vizconde entró en una alcoba, en la que había una cama pobre, pero limpia. En una de las paredes veíase una puerta de cristales que estaba entornada. Sobre la cabecera de la cama destacábase un cuadro, también al óleo, que representaba la imagen de la *Madona* de la Concepción. Una mujer que podría tener cuarenta años próximamente estaba incorporada en la cama, apoyándose en almohadas. Era rubia y conservaba restos de marchita belleza.

Al lado de la cama había un sillón, donde, á una indicación, sentóse el vizconde.

— ¿Está usted enferma?, preguntó éste.

— Sí, señor, de digustos y de reuma articular.

— Mi hermano el marqués de Gualindo ha recibido una carta de usted.

— Sí, señor.

Hubo una pausa; después dijo la enferma:

— ¡Es tan extraña, tan triste la causa que me ha obligado á molestar á usted!..

Enmudeció como pareciendo reflexionar. Luego,

sacando una mano de entre las sábanas de la cama, tomó del cajón de una mesa de noche un paquete de cartas atadas con una cinta azul y se le presentó al vizconde, añadiendo:

—Tenga usted la bondad de leer estas cartas; son pocas y cortas, las he escogido entre otras muchas que tengo. Esto simplificará mi relato y me evitará mucha vergüenza.

El vizconde leyó las cartas, que eran seis; comprendió por ellas el doloroso motivo de haber sido llamado á aquella casa, y dejándolas sobre la mesa de noche, dijo:

—¿Era usted hija de un primo segundo del duque de B...?

—Sí, señor. Mi padre tenía casa de banca en Roma y prestó al duque grandes servicios. Murió arruinado, y yo quedé huérfana de padre y madre, á los trece años de edad...

—Y entonces, repuso el vizconde comprendiendo el doloroso esfuerzo que á aquella pobre mujer la costaba explicarse, ¿el duque de B... se encargó de la educación de usted?

—Sí, señor; me colocó como interna en un colegio de esta misma población... Venía á verme de tarde en tarde, después sus visitas fueron más frecuentes y me llevaba á Nápoles en tiempo de vacaciones. Era muy bueno y cariñoso; yo le quería entrañablemente. Cuando cumplí diez y seis años me indicó que iba á sacarme del colegio. Vino aquí y permaneció algunos días pensando sin duda en dónde había de instalarme. Yo permanecí en la pensión, pero el duque y yo paseábamos todos los días por los alrededores de este pueblo, que son muy pintorescos... Una tarde... La enferma calló y un sollozo se escapó de su pecho.

—Basta señora, dijo el vizconde. En una de las cartas que he leído se alude á esa tarde; lo comprendo todo.

—Pues bien, caballero; también comprenderá usted las consecuencias, sollozó la enferma, enjugándose las lágrimas que asomaban á sus ojos: el duque me sacó de la pensión y me instaló en una buena casa de la strada de Torre del Greco, de esta población. Me proporcionó una existencia holgada y venía á verme con frecuencia, pero no volvió á llevarme á Nápoles.

Cuando con la edad fué aclarándose mi inteligencia, le pedí la reparación debida; pero él la aplazó con razones que después comprendí que eran pretextos... Tuve un hijo...

—¿Un hijo!, interrumpió el vizconde.

—Sí, un hijo, que es ya un gallardo mozo; quizá haya usted reparado en su retrato, pintado por él mismo, que está en esa pieza inmediata.

—¿Ah! ¿Ese es el retrato de su hijo de usted?, dijo el vizconde, pensando en el parecido que tenía con el difunto duque de B...

—Sí, señor. Su nacimiento, además de la inmensa alegría de la maternidad, reanimó la esperanza de que el duque accediese por fin á mis súplicas, dando un nombre á su hijo, puesto que no tenía más... Pero... ¡ah, caballero!, el duque era un carácter excepcional.

«Ya lo voy comprendiendo,» pensó el vizconde.

—Me dijo que aquellos momentos eran de crisis suprema para él, que tenía que sostener una reputación inmaculada y muchos enemigos; y por lo tanto, ni aun podía reconocer á su hijo; pero me lo prometió todo para más adelante. Me encargó y suplicó la mayor reserva, así como también á los dos criados que me servían. Lamentó su imprevisión y trató de remediarla. ¿Sabe usted cuál fué el remedio? Consistió en que estando yo apenas convaleciente y mi hijo sin bautizar, nos llevó á Génova; indudablemente temía nuestra proximidad á Nápoles. Yo entonces, en mi inexperiencia, no comprendí los móviles de tan extraño proceder; después he tratado de explicármelos. ¡Quién sabe los compromisos que el duque tendría en Nápoles! Lo cierto es que mi hijo fué bautizado en Génova con el estigma de *de padre desconocido*...

La enferma prorrumpió en sollozos. El vizconde, tan honrado, tan caballero, estaba asombrado de aquel extraño relato. La desolada madre, algo más tranquila, prosiguió diciendo:

—Permanecí con mi hijo en Génova. El duque, jurándome que era para él cuestión de vida ó muerte, me suplicó que á nadie revelara las relaciones que nos unían. Se volvió á Nápoles, pero venía á verme una ó dos veces al mes. Mi hijo crecía y se desarrollaba: cuando empezó á tener discernimiento, el duque me mandó terminantemente que nunca le revelara el nombre de su padre, bajo pena de abandonarme. Eduqué á mi hijo como pude, y cuando cumplió los siete años de edad le hice asistir á una escuela municipal y aprender dibujo en la Academia pública; pues el duque siempre eludió el que ingre-

sara en un colegio... Ahora llega lo más incomprensible. El duque dejó de venir á Génova, y redujo á 150 la pensión mensual de 400 liras que yo cobraba en casa de un banquero, diciéndome en una carta que había experimentado grandes reveses de fortuna.

—¡Ah, señora!, exclamó el vizconde sin poder contenerse. Me parece que ha sido usted demasiado débil.

—¿Y qué había de hacer? ¿En quién apoyarme? ¿Cómo atender á las necesidades de mi hijo, que iban en aumento? Además, mientras vivió, nunca perdí la esperanza de que el duque cumpliera sus deberes. La noticia de su muerte fué el golpe de gracia para mí. Me quedé sin recursos. Esperé algo de la testamentaria: no podía concebir un total abandono. Aproveché los restos de mi relativo bienestar para trasladarme aquí y estar más cerca de Nápoles; me enteré del testamento del duque, y ahora apelo, no por mí, por mi hijo, no á mis derechos legales, pues no tengo ninguno, sino á la rectitud de ustedes...

El vizconde, admirado y conolido, preguntó á la enferma:

—¿De modo que su hijo de usted ignora quién fué su padre?

—¡Lo ignoraba, pero ya lo sé!, exclamó una voz.

Y al mismo tiempo, abriendo con ímpetu la puerta de cristales, se presentó un gallardo joven de enérgica fisonomía.

La enferma dió un grito dejándose caer sobre las almohadas.

El vizconde hizo un movimiento de sorpresa.

El joven adelantóse diciendo:

—Lo he oído todo, menos de lo que necesito para pedir cuentas luego.

Y aproximándose á la cama y dirigiéndose á la enferma, prosiguió diciendo:

—¿Conque mi padre no ha muerto hace muchos años? ¿Conque yo he tenido hasta hace poco un padre ilustre y poderoso, y tú me lo ocultabas, truncando tu porvenir y el mío? ¿Conque mi padre ha sido tan desnaturalizado, que ha permitido que tú vivas en la miseria, y yo trabaje diez horas diarias para ganar dos miserables liras, en un oficio de dudoso porvenir?

—¡Jenaro!, murmuró la enferma.

—¿Era hijo del duque de B... y llevo esta blusa indecente y tengo las manos manchadas con la suciedad del taller!..

—¡Por Dios, Jenaro!, dijo la enferma pugnando por incorporarse.

—Pero mi padre, ¿era un hombre ó un monstruo? ¿Es que los grandes señores son así? Ni en la hora de la muerte se ha acordado de que dejaba una mujer perdida por él y abandonada, y un hijo condenado al trabajo, á la miseria, al crimen tal vez...

—¡Hijo mío!, exclamó la enferma cruzando sus descarnadas manos, ¡no agraves mis padecimientos, harto he sufrido por ti!

Entonces el joven miró por primera vez al vizconde, que oyendo la justa querrela de aquel hijo rechazado, no sabía qué decir, y le preguntó:

—¿Es usted heredero de ese gran señor sin entrañas?

El vizconde era altivo y tenía la sangre viva, y molestado, menos por la pregunta que por el tono ofensivo en que fué hecha, contestó:

—Yo soy quien soy. Ese gran señor á quien usted se refiere, podrá haber cometido faltas...

—¡Crímenes!, interrumpió Jenaro.

—Pero usted es el menos autorizado para reprochárselos...

—¿Cómo que no, cuando era su hijo?

—Pues por eso, y porque está delante de su infeliz madre, sin respetar el estado en que se halla.

—Es que yo...

—¡Basta!, interrumpió el vizconde poniéndose en pie. Los herederos del duque de B... son muy honrados y muy caballeros, y cumplen siempre con su deber.

Jenaro hizo un violento movimiento de cólera.

—¡Jenaro, Jenaro, me estás matando!, exclamó la enferma.

Entretanto, el vizconde había sacado de una cartera tres billetes, púsoles sobre la mesa de noche y dijo á aquella:

—Ahí dejo á usted, señora, sesenta liras para que pueda esperar á la decisión que acordemos mi hermano el marqués de Gualindo y yo...

—¡Oh, caballero!

—No en vano ha apelado á nosotros; desde ahora estará usted al abrigo de las necesidades de la vida.

Dicho esto, saludando con un ligero movimiento de cabeza, salió á la pieza inmediata, y después de la habitación, precedido de la criada.

Cuando bajaba la escalera se dijo para sí:

—Tenía razón esa pobre mujer: es un deber de justicia que cumplir.

PARTE TERCERA

I

El vizconde escribió á su hermano enterándole del estado de la testamentaria del duque de B..., refiriéndole detalladamente la visita que había hecho á la *signora* Sabina Vintimiglia y concluyendo con el siguiente párrafo: «Ignoro, como es natural, tu decisión, pero la presiento. Yo por mi parte estoy resuelto á reparar la falta de... sentido moral de nuestro difunto tío, cediendo mi parte de herencia en favor de esa desgraciada.»

El marqués le contestó diciendo:

«Haz lo que quieras: todo lo daré por bien hecho. Si te parece, cederemos á la Vintimiglia la mitad de la herencia y nos partiremos la otra mitad. Pero ten cuidado de cedérsela á ella sola; pues por lo que me has referido, ese hijo debe ser algo *lipendi*.»

El marqués había estado en Cuba y solía usar esa palabra originaria de aquel país. Ambos hermanos quedaron convenidos en todo lo tocante á la herencia, y el vizconde se puso de acuerdo con el notario del duque. Ya se ha dicho que éste había dejado un palacio en Roma, para el que había comprador, y con este motivo, el vizconde fué á la ciudad pontificia, que aún no era capital de Italia.

Roma le impresionó hondamente. Inteligente y soñador como era, experimentó la obsesión de las grandezas y de los recuerdos. *La ciudad de las ciudades* llena el pensamiento, haciéndole oscilar de una en otra fascinación. En Roma se reconstruye la historia, como que es el escenario inmenso del drama de los siglos, que ha servido de prólogo al de la humanidad civilizada. En la actualidad, desde que es capital de un gran Estado, Roma va perdiendo su color. Se viste á la moderna, y como aún conserva el sello antiguo, de resultas de esta promiscuidad ofrece un conjunto antiestético. Pero cuando la visitó el vizconde de Fenestrela, Roma era todavía la ciudad del silencio y *de las tristezas eternas*, como dijo Castelar. Entonces el bullicio moderno no ahuyentaba las antiguas memorias; era bien así como un templo en penumbra que convida á la meditación.

Por esto, en aquella soledad relativa, vagando por calles en que crecía la hierba ó por la campiña no poblada como ahora de fábricas y construcciones de todos los estilos, pasando al lado de estatuas clásicas, sin tropezar con las de Garibaldi ó Giordano Bruno, el vizconde aspiraba la antigüedad á plenos pulmones. Cada sitio le suscitaba un recuerdo. «Aquí — pensaba — se abrió la sima adonde se arrojó Quinto Curcio; allí, Mucio Scévola expuso su brazo al tormento del fuego; junto á aquella colina, Breno pesó en un platillo los destinos romanos. Esas son las ruinas en donde se refugió Nerón huyendo de sus perseguidores y en donde murió exclamando: *Qualis artifex pereo!* En aquella llanura maniobraban las legiones de Escipión el numantino y el africano. Frente á este trozo de muralla cayó muerto de un arcabuzazo el condestable de Borbón cuando *fué sobre Roma por Carlos V.*»

Lutecia y Londino, esto es, París y Londres, hoy ciudades-estrellas, eran poblaciones obscuras, residencia de procónsules romanos, y ya Roma estaba saturada de grandeza. Porque parece que la mano de la Historia sostiene sus prestigios. Desaparecieron los dioses, los emperadores, los héroes, los tribunos y las sibilas, y surgió en ella la pléyade gloriosa de los santos, pontífices, mártires y artistas. Junto á esa misma *Fuente Bovina* donde Tíbulo escribía sus versos, Cicerón meditaba sus oraciones y la sibila de Cumas recibía la inspiración de sus oráculos, Miguel Angel trazó los planos del Vaticano y Bramante la atrevida curvatura de sus arcos. Sólo para el fervoroso cristiano hay una ciudad superior á Roma: Jerusalén, y es que en Roma todo podrá ser precedero, y en Jerusalén asienta la base de la escala de Jacob que conduce al cielo.

Al vizconde gustábale vagar por Roma á altas horas de la noche. Pasaba frente al Vaticano y creía ver el espíritu de Dios encarnado en la tierra; se aproximaba al Anfiteatro y parecíale sentir el olor de la carnaza del *Spoliarium* y los rugidos de los leones enjaulados.

Junto al Anfiteatro esperaba la aparición del espectro de Spartaco, y frente al palacio pontificio la de la sombra de Giordano Bruno; enlazando así la antigua y la nueva protesta. Y... ¡misterio psicológico!, en medio de estos espejismos, asaltábale también el recuerdo de la linda nereida del Guadalquivir en cuya barca atravesó el río. Y es que la mente y el corazón del hombre son así; aun cuando pretenden elevarse, sienten siempre la atracción de la tierra.

Hacía tiempo que había terminado su negocio de



- ¿Es usted heredero de ese gran señor sin entrañas?

la venta del palacio del duque de B..., y el vizconde continuaba en Roma, no obstante la *malaria* que se sentía incesantemente; pero una carta de su hermano le despertó de sus arcaísticos ensueños.

II

El marqués decía en ella:

«Queridísimo hermano Luis: A seguir las cosas como están, en un porvenir más ó menos remoto, tú hubieras sido marqués de Gualindo, conde de Egea, dos veces grande de España y poseedor de una renta que no es de las más flojas; todo esto sin contar con el flamante ducado de B... Pero es posible que no se realice ese porvenir. A otro que á ti vacilaría en decírselo; mas como te conozco, te lo digo sin temor de apesadumbrarte.

»Hermano mío, estoy cansado de vivir solitario como un buho (en parte por culpa tuya, y de la Restauración, que se retrasa) y me caso. Me caso con una hija del conde de Moresquil, tan joven que yo pudiera ser su padre; tan buena, hermosa, alegre y lista, que es un encanto; si bien tiene los defectillos de ser algo excéntrica y caprichosa, de los que espero que la corregirá el matrimonio.

La conocí por casualidad y me enamoré de repente, como en las novelas. Como sabes que soy ejecutivo, le hice la corte una semana, me declaré y fui aceptado, se la pedí á su padre y me la concedió, y ya en marcha el tren expreso, en los primeros días del mes próximo llegaremos, si Dios quiere, á la *estación de la boda*. Pero si no te viese en ella, faltaría mucho á mi satisfacción.

»Ven, querido Luis; atropella si es necesario los asuntos de esa pesada herencia; te aguarda una casa más alegre que la que dejaste, y el corazón y los brazos de quien tanto te quiere...»

Con efecto, la noticia de la boda de su hermano, no sólo no apesadumbró al vizconde, sino que en cierto modo le satisfizo. La decisión del marqués era lógica y natural; viudo y sin familia hacía muchos años, y aún en buena edad, sentía la necesidad de *la dilatación de sí propio*, frase con que Standal define el matrimonio.

El vizconde, sobreponiéndose á la fascinación de Roma, partió para Nápoles. Dos días después llegó á esta ciudad el rey Víctor Manuel, que recorría algunas provincias, y sabiendo que se hallaba en ella un sobrino y heredero del duque de B..., que había sido muy adicto á su persona, quiso verle para que le informase de la situación de España. Es de suponer que el vizconde le informaría con toda lealtad, y tal vez esta entrevista fué una de las causas predisponentes de la abdicación de D. Amadeo de Saboya.

Por más que aquél quiso *atropellar* los trámites de la testamentaria para llegar á tiempo á la boda de su hermano, no pudo conseguirlo. La nueva subdivisión de bienes en favor de la *signora Sabina Vintimiglia* dió margen á tasaciones y nuevas adjudicaciones. Además, la intransigencia del hijo de aquella, que no se resignaba á su exclusión de la herencia, fué causa de nuevos retardos; pues no hubo medio de hacerle comprender que ni él ni su madre tenían derecho á nada, y que lo que obtuviesen se lo deberían exclusivamente á la gene-

rosidad de los legítimos herederos del duque de B... Como el marqués de Gualindo indicaba á su hermano, aquel joven debía ser algo *lipendi*.

Resultado: el vizconde recibió una extensa noticia de la boda de su hermano, que había tenido mucha resonancia en ese hermoso pedazo de Andalucía comprendido entre Sevilla y Cádiz.

Terminó el arreglo de la herencia, como por fin todo termina en el mundo, y el vizconde pudo arrancar de Nápoles.

Había recibido varias cartas del marqués expresándole el sentimiento de que no hubiese estado en su enlace y dándole detalles de su feliz luna de miel.

Volvió á España por la vía de Francia para adquirir en París un regalo de gusto que ofrecer á su cuñada. Durante las pesadas horas del viaje, se deshilvanaban sus ideas en monólogos mentales. «Al fin y al cabo - pensaba, - todo el mundo se casa. ¿Será el matrimonio de mi hermano una advertencia providencial?.. También yo podría casarme. Ya tengo cinco mil duros más de renta para atender á mis obligaciones de familia, no siendo muy faustuosas... Según parece, mi hermano es muy feliz... No cabe duda de que los niños son una bendición de Dios... ¡Es tan aburrido vivir solo!»

Y recordaba unos versos de Narciso Serra que dicen:

En el mar de la vida,
náufrago el hombre,
es la mujer la barca
en que se acoge.

«Sí, ¿pero dónde está para mí esa barca,» seguía pensando, y al hacerse esta interrogación asaltábale un recuerdo que le había seguido á todas partes... «¡Es preciosa aquella muchacha! - se decía. - ¡Qué mata de pelo, qué ojos, qué piecico tan mono!»



La joven se puso á remar

Mi hermano dice que se enamoró de repente. ¡Caramba! ¿Me habrá sucedido lo mismo?.. Lo cierto es que no me explico por qué ni para qué me acuerdo tanto de aquella chicuela. ¡Toma..., para lo que se acuerdan los hombres de las mujeres!.. Pero si no sé quién es, ni siquiera si es casada ó soltera... Si es

soltera tendrá novio; es imposible que no le tenga siendo tan linda... Pero ¿á qué pienso estas tonterías? Con mujeres honradas no concibo más que relaciones lícitas, y aun cuando yo quisiera... ¡La hija de un dependiente de

estación!.. ¡Qué se diría!..» Preocupado con estos pensamientos, llegó el vizconde de Fenestrela á Madrid.

III

Conservaba siempre su cuarto del hotel de Oriente, en donde tenía libros, papeles y ropa. En el hotel supo una noticia que le apesadumbró; la que fué su nodriza, á la que él pasaba una pensión, como ya sabemos, había muerto en el vecino pueblo de Villarde.

Teniendo que pasar la noche en Madrid, el vizconde trató de hacerlo del mejor modo posible. El termómetro subía; el verano en sus postrimerías se despedía calurosamente, y por esta razón determinó aquél comer al fresco en el *restaurant* del Jardín del Retiro, núcleo entonces del Madrid elegante. El jardín, siempre lleno, pues como ya se ha dicho, pocos se atrevieron á veranear á consecuencia de la guerra y de la situación política, aquella noche rebosaba en gente. Había un motivo; desde dos ó tres días antes la prensa periódica se hacía eco de trabajos revolucionarios y de complots contra la vida del rey; y como éste asistía todas las noches al Jardín, se explicaba fácilmente aquel *entradón*. Con efecto, llegó el rey con el aditamento de ir acompañado de su esposa, ¡alta novedad!, puesto que la reina Victoria nunca salía de noche de palacio. Comió el vizconde, enteróse de los rumores que corrían, dió unas cuantas vueltas, vió de lejos á los reyes, y cansado de sufrir apretones y de aspirar el polvo que levantaban las colas de las señoras de aquella época, salió del Jardín y se fué al casino.

Estaba éste casi desierto; sólo en el salón de juego unos cuantos *amateurs* trataban de desplumarse mutuamente en una partida floja.

El vizconde hojeó dos ó tres periódicos para enterarse más detalladamente de las noticias sensacionales de aquellos días; habló en un corro que tomaba el fresco al balcón, y no sabiendo qué hacer, entróse en la sala de juego. Llevaba la cartera llena de billetes de Banco, y sintió comezón de jugar. Parecía que el demonio invisible, que se cierne sobre todo tapete verde, le murmuraba al oído: «¿Por qué no juegas? Aun en el caso de mala suerte, ¿qué te importa perder algunos cientos de pesetas?» El vizconde resistió á la tentación; ¡mas tal vez hubiese sucumbido á ella á no sobrevenir un suceso que absorbió la atención de todos. Los que estaban al balcón notaron movimiento de gente en la Carrera de San Jerónimo, sitio en donde estaba entonces el casino de Madrid, y poco después llegó á este círculo la noticia de que un grupo de hombres armados habían disparado algunos tiros al coche del rey D. Amadeo cuando éste regresaba á palacio, en la calle del Arenal, al desembocar en la plaza de Isabel II. Afortunadamente no había habido más víctima que una de las yeguas que arrastraban el carruaje.

Este acontecimiento se prestaba á comentarios, no por el hecho en sí, que no era nuevo, sino por detalles incomprensibles. El gobernador de Madrid, que lo era entonces el doctor D. Pedro Mata, había pasado por el sitio de la agresión momentos antes que el rey, vió los grupos sospechosos casi mezclados

con los agentes de policía, y no hizo nada para impedir el atentado, prefiriendo *castigar á prevenir*, según las ideas de aquel bendito tiempo. Esto se explica en cierto modo; mas no el que estando advertida la familia real, la reina Victoria acompañase aquella *única* noche á su esposo al Jardín del Retiro.

Puntos oscuros de aquel efímero reinado.

Al día siguiente, después de telegrafiar á su hermano, que se hallaba en Jerez, partió para Andalucía el vizconde de Fenestrela. Conforme avanzaba hacia el hogar de su hermano, alumbrao á la sazón por la luna de miel, asaltábanle con más frecuencia sus vagas aspiraciones á crearse una familia. A medida que se aproximaba al

«rey de los otros ríos caudaloso,» recordaba con más intensidad á la nereida que había visto nadar en sus aguas.

Llegó á Jerez; el marqués le esperaba en la estación, y ambos se dirigieron á la casa palacio de éste. Era un edificio antiguo y extenso, y como muchas casas de Andalucía solariegas, tenía un gran patio rodeado de una galería, sobre la cual destacábase otra en el piso principal. Los criados descargaron en el patio el equipaje del vizconde, y cuando éste y su hermano daban órdenes para su traslación, oyóse en la galería superior una voz fresca y argentina que cantaba. Entonces el marqués, mirando á lo alto, gritó:

— ¡Ana-María!

— ¿Qué quieres?, contestó la voz.

— ¡Baja en cuanto puedas: está aquí mi hermano!

Pocos momentos después, sintióse el ruido del roce de una falda, y se presentó en el patio una encantadora joven que se aproximó al vizconde tendiéndole una mano. Él apenas acertó á estrecharla, porque, trémulo de emoción, tuvo que apoyarse en un pilar de la galería.

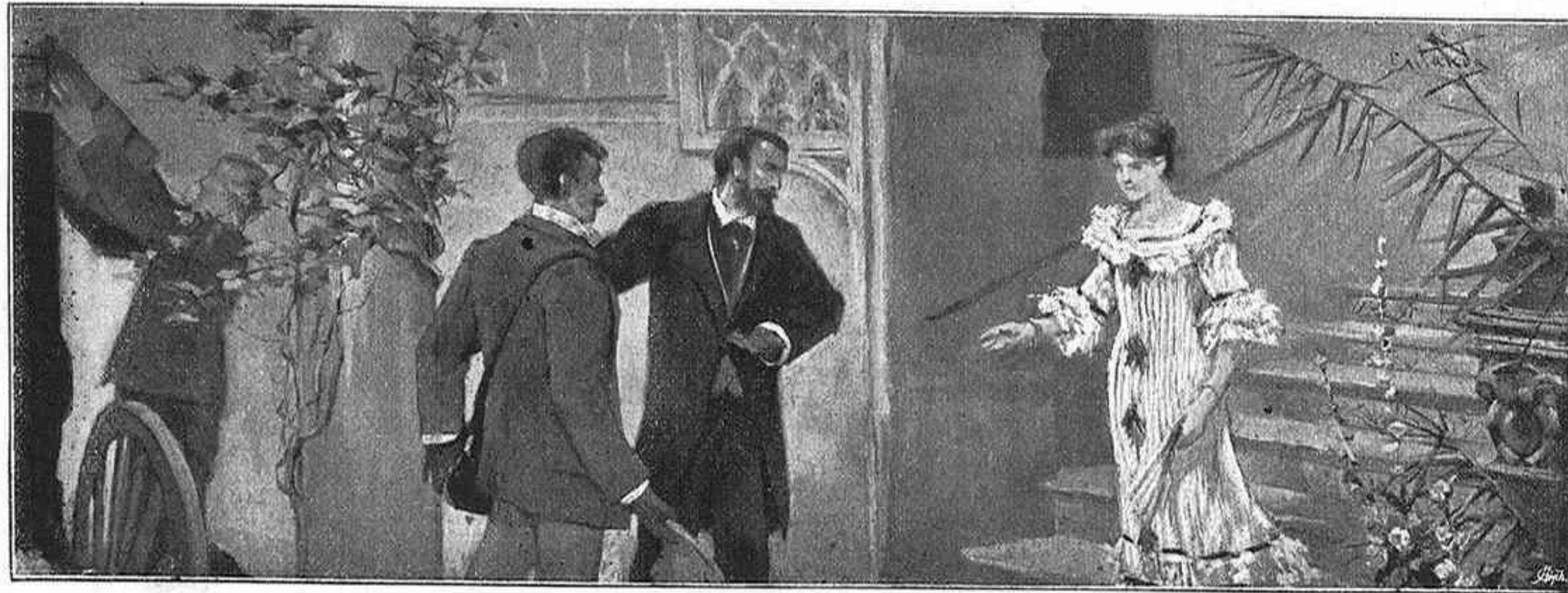
Ana-María, la marquesa de Gualindo, y Mariana, la gentil y risueña barquera del Guadalquivir, eran una misma persona.

IV

Ahora dejo hablar á Gustavo Bécquer, que nos contaba esta historia en el gabinete Pompeyano.

— Señores, nos dijo, ruego á ustedes que repriman su justa curiosidad hasta mañana, porque tengo una cita, y me marcho. Mañana referiré á ustedes el...

caso del vizconde de Fenestrela, más rápido, más interesante y pasional que el de los *dioses del Niebelungo*. ¡Que nadie falte! Traeré documentos justificativos.



Y se presentó en el patio una encantadora joven

Al día siguiente nadie faltó; todo cuanto se refería á aquel joven tan amable y tan caballero nos interesaba; así fué que cuando estuvimos reunidos, nos agrupamos en torno de Bécquer, que se expresó en estos términos:

«Como he pasado el verano en Jerez, he tenido el gusto de ver con frecuencia al vizconde y á su hermano, que es bellísima persona; pues, ó bien juntos, ó cada uno de por sí, venían de vez en cuando al *Emporio de los vinos*. Fué aquél á Italia, con motivo de la herencia del duque de B..., y no volví á verle hasta fin de agosto. Pasó en Jerez algunos días. Venía dorado por el sol de Italia y de buen aspecto. Sin embargo, yo notaba en él algo de particular; estaba triste y distraído, y no jugaba, y eso que en el casino había una partida que encendía lumbre.

»Después de una corta ausencia volvió á Jerez, y yo quedé admirado de lo mucho que había cambiado en tan corto espacio de tiempo. Estaba flaco y muy pálido, y á su anterior distracción habían sucedido una especie de inquietud é irritabilidad nerviosas. Cuando yo le hablaba de su familia procuraba eludir la conversación. Se ausentó y regresó á Jerez á los ocho ó diez días en un aspecto lamentable; sus ojos estaban rodeados de un círculo cárdeno, sus orejas se transparentaban como las de los tísicos y había desaparecido la pulcra elegancia de su traje.

»Una tarde que paseábamos por las afueras de la ciudad, no pude contenerme y le pregunté:

— ¿Qué tiene usted, vizconde? A usted le pasa algo gordo.

— ¿Lo sé yo acaso?, me contestó moviendo convulsivamente los brazos.

»Le insté á que me confiase su pena; me la dijo; ustedes la habrán adivinado. Aquel pobre joven, predestinado á luchar con sus pasiones, estaba ciega y *perdidamente* enamorado de la esposa de su hermano.

En los días siguientes se desbordó su corazón; hablaba á intervalos conmigo y á veces abstraído en monólogos: era un delirio. «¡Esa mujer — decía — absorbe mi pensamiento y abrasa mi carne con sus caricias de hermana!»

»Volvió á ausentarse de Jerez, y á los pocos días leí en un periódico de la localidad lo que van ustedes á oír: traigo documentos justificativos.»

Y Bécquer, sacando un periódico del bolsillo, leyó lo siguiente:

«Tenemos que comunicar á nuestros lectores

una triste noticia; el vizconde de Fenestrela, hermano del marqués de Gualindo, bañándose en el Guadalquivir, como solía hacerlo en estos días de calor, ha muerto ahogado; ¡cosa rara!, porque el vizconde era un gran nadador. Pero ¿quién está libre de un vahido ó de un calambre? Ayer tarde, después de pasear en compañía de su hermano, se metió en el río, y hoy al amanecer ha sido encontrado su cadáver en aguas de Villaverde. Ocioso es encarecer lo sensible de esta desgracia, supuesto que el vizconde era tan conocido y apreciado; ha muerto en la fuerza de la juventud y dotado de todos los prestigios de la naturaleza y de la fortuna. Esperábase un gran porvenir si se realiza el fausto suceso que todos esperamos. ¡Misteriosos tejidos de la suerte!

»Daremos más pormenores. Entretanto enviamos nuestro sentido pésame á la familia de Gualindo.»

Bécquer acabó de leer. Todos quedamos silenciosos y pensativos, hasta que Ramón Correa, con su habitual locuacidad, exclamó:

— ¡Oh, agua, agua, pérdida como la mujer!, según dijo el poeta.

— No, replicó Bécquer; el agua fué inocente de la catástrofe, como lo prueba esta carta que confío á la discreción de ustedes.

Y nos leyó la siguiente que, aunque breve, es un poema:

«Amigo Bécquer, ni por *ella* faltaré al honor: voy á ahogarme en el Guadalquivir.»

Calló Bécquer y volvimos á enmudecer todos: nuestro silencio de conmoción fué el más elocuente homenaje fúnebre al vizconde de Fenestrela.

F. MORENO GODINO.

EL CULTIVO DE LOS CRISANTEMOS Á LA JAPONESA

Los japoneses, que durante mucho tiempo se han mostrado apasionados por el cultivo que empuja á los grandes vegetales, han presentado este año, con motivo de la Exposición de París, una novedad de un género muy distinto con los crisantemos de gran desarrollo. Todos los aficionados á estas flores saben que hay el cultivo á la francesa, el más natural de todos, por el cual se obtiene de la planta tan de moda desde hace algunos años una producción abundante de flores de tamaño ordinario, y el cultivo á la inglesa, que sólo deja á cada planta tres ó cuatro tallos completamente desprovistos de falsos botones, cuidándola luego en estufa con abonos químicos y riegos especiales para que produzca, sobre todo teniendo en cuenta los concursos de horticultura, flores de un tamaño exagerado, hasta de 20 y más centímetros de diámetro. Por el procedimiento inglés se logran pocas flores, pero de dimensiones fenomenales; por el francés, muchas flores que bien cultivadas son de tamaño bastante grande.

Los japoneses han inventado un tercer cultivo del crisantemo. Desde 1893 el jardinero jefe de los jardines imperiales de Tokio ha encontrado la manera de procurar al crisantemo, sin distinción de variedades, una abundancia prodigiosa de flores de tamaño tan grande, por lo menos, como las que se logran con un buen cultivo á la francesa. Y como esta abundancia se traduce en cifras de 200, 300, 500 flores (en 1897 una planta produjo 960), este solo dato

basta para comprender que se trata de un trabajo sumamente especial cuyo estudio ofrece cierto interés. Este trabajo se divide en dos fases; el cultivo en la tierra y el envase, de las cuales á los aficionados sólo puede interesar la primera, por ser la segunda demasiado meticulosa.

El crisantemista japonés opera, según hemos dicho, con todas las variedades que produzcan muchas flores. Siendo la planta anual, puesto que si bien se perpetúa por renuevos muere después de haber dado sus flores, el jardinero se procura lo más pronto posible, en noviembre, por ejemplo, un buen vástago que cuida bajo vidriera, procurando darle la mayor fuerza. Un primer desmoche le da tres ó cuatro tallos; otros desmoches sucesivos harán nacer otros; al jardinero corresponde saber distinguir entre los renuevos de buen medro y los que prosperarán poco. Al llegar la primavera, la planta se coloca en la tierra. Una de las dificultades de este cultivo es que teniendo la planta tantos tallos, no hay que pensar en trasplantarla á menudo, y como el crisantemo consume mucho, es preciso alimentarlo artificialmente con abonos químicos, procurando que la tierra no se endurezca.

Cuando está plantado en tierra, es preciso colocar estacas en cada uno de sus fuertes tallos, y á medida que salen los falsos botones se les hace saltar con la uña, á fin de conservar solamente el botón terminal. En el Japón se han obtenido plantas de 2'75 metros

de altura; pero aun suponiendo que sólo se llegue á 1'75 metros, como en los que se cultivaron en el jardín de la Villa de París de la citada exposición, el resultado es ya notable. La planta con su rodrigón puede tener un metro de diámetro, de modo que sólo puede cultivarse en jardines de cierta importancia.

Es curioso el procedimiento que siguen los japoneses cuando para adornar algún salón quieren arrancar una copa tan enorme y llevársela. Para ello colocan una especie de enrejado horizontal hecho con listones de madera y apoyado en la cuba, y cogiendo cada tallo le hacen recorrer el listón en toda su longitud para luego levantarlo por medio de un bambú hendido, fijado al listón y mantenido en posición vertical por medio de hilos invisibles que unen entre sí los rodrigones. El jardinero coge pacientemente tallo por tallo y con infinitas precauciones, pues el crisantemo se quiebra como el cristal, lo dirige, lo ata y lo levanta á la altura que quiere sin que una flor salga más que otra, y acaba por hacer con una sola planta una cesta de dos ó tres metros de diámetro.

El resultado es sorprendente y el golpe de vista que presenta la planta es realmente magnífico.

Como último detalle diremos que los ejemplares expuestos en el Trocadero por los jardineros del emperador del Japón eran de procedencia francesa, pues las variedades indígenas en estado de renuevo habían sufrido mucho y las semillas no proporcionaron á tiempo los ejemplares necesarios. — X.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ALMANACH DE LA ESQUELLA DE LA TORRATXA PARA 1901. — Es tan conocido el popular periódico que publica en Barcelona D. Antonio López y tan grande el éxito que cada año obtiene el Almanaque del mismo título, que basta anunciar que el libro ha aparecido para que el público agote en poco tiempo la edición. Como los anteriores, el almanaque de este año contiene multitud de trabajos literarios y artísticos de todos géneros, firmados por los primeros literatos catalanes y por los más notables artistas, no sólo de Cataluña, sino del resto de España, y lleva una preciosa portada del célebre Mucha. Véndese á una peseta.

MATERIAL Y DOCUMENTOS DE ARTE ESPAÑOL. — La casa editorial barcelonesa de A. Parera ha comenzado la publicación de esta obra que, como su título indica, tiene excepcional importancia, puesto que será una recopilación cronológica de detalles artísticos de escultura, arquitectura, grabados, vidrios, cerámica,

ca, ebanistería, cerrajería, bordados, miniaturas y cuanto se relaciona con las industrias decorativas y las Bellas Artes en España, clasificados por orden alfabético. Se publicará un número cada mes con ocho láminas en fototipia, autotipia, zincografía, litografía y fotolitografía, y el precio de suscripción al año es de 18 pesetas. La obra se publica bajo la dirección de Mira Leroy, y los tres primeros cuadernos hasta ahora publicados bien pueden calificarse de notabilísimos, así por lo escogido de los detalles artísticos como por la perfección con que están reproducidos.

BATURRADAS, por Alberto Casañal Shakery. — En distintas ocasiones nos hemos ocupado de las obras de este popular escritor aragonés, dedicándole elogios que se merecen: Casañal ha sabido crear un género, hacerse en literatura una personalidad propia y ha conseguido con ello conquistarse un público que, amante del chiste culto é ingenioso, se regocija con la lectura de sus libros. En *Baturradas* se admiran una vez más el gracejo, la espontaneidad, el espíritu de fina observación con que el autor retrata con unos cuantos rasgos un tipo y describe sin exageración, sin toques fuertes una escena: leyéndolas se pasa un rato delicioso, y esta es la mejor alabanza que puede hacerse

de la última obra de Casañal. El libro, que forma un tomo de 158 páginas con bonitas ilustraciones de Ibáñez, ha sido editado en Zaragoza por Agustín Allué y se vende á una peseta.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

El Mundo Latino, periódico quincenal barcelonés; *La Opinión postal y telegráfica*, revista científica, literaria y de noticias barcelonesas; *La Medicina Científica en España*, revista mensual de alcaloidoterapia y medicina práctica que se publica en Barcelona; *La práctica de farmacia*, periódico quincenal barcelonés; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *Idearium*, revista quincenal ilustrada granadina; *La Aurora*, periódico semanal de Puerto de Cabras (Canarias); *Avant sempre-Sempre avant*, periódico catalanista de Manila; *El Pensamiento Latino*, revista internacional latino-americano-europea que se publica quincenalmente en Santiago de Chile; *Lima ilustrado*, que se publica cuatro veces al mes en la capital del Perú; *El Mensajero*, revista dominicana; *El Heraldo*, diario de Cochabamba (Bolivia); *El Nuevo Siglo*, publicación mensual de San Salvador.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con PEPTONA
 es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf Y EN TODAS FARMACIAS.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^od de E^o de París
 LABELONYE y C^o, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS
 (NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)
 Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.
 PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **FILIVORE, DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



Caballos en el baño, cuadro de Luisa Kemp-Welsh

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los ACCESOS
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUIZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORS, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 FABRIANT 150 R. RIVOLI
 PARIS
 TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
prescrito por los Médicos.
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.**
102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. • de PEPSINA BOUDAULT
VINO • • de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN